

## DE NUEVO: EL SOCIALISMO DE UNAMUNO (1894 - 1897)

En agosto de 1965, durante el segundo Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Nimega, leímos un trabajo sobre el socialismo de Unamuno (1894-1897) en el que, por primera vez, se enfocaba la cuestión a partir de un estudio directo de sus colaboraciones de juventud en *La lucha de clases* de Bilbao. Durante la discusión que siguió a nuestra ponencia se vio claramente que la información —desconocida hasta entonces—, presentada de necesidad esquemáticamente, no había convencido a todos los presentes. No faltó, incluso, la reacción típica de los que conocen o han conocido de sobra a Unamuno: que aunque en la ponencia hubiese algo de verdad, todo ello no tenía gran importancia porque —ya se sabe— esas eran “cosas” de Unamuno (contradictorio, siempre cambiante, irracional, etc.). ¡Cómo iba Unamuno a haber entendido algo de economía política y, para colmo, de marxismo, cuando sabemos de sobra que *después* renegó de todo racionalismo, de la economía, de la sociología y de todo materialismo!

En agosto de 1966 publicamos en la *Revista de Occidente* una versión un tanto ampliada del trabajo leído en Nimega. Algunos buenos amigos, de palabra o por escrito, expresaron más o menos las mismas dudas.

También entre 1964 y 1966 venía Rafael Pérez de la Dehesa trabajando con el material olvidado de *La lucha de clases*: su libro sobre *El primer Unamuno*, aparecido en Ciencia Nueva (Madrid) en el otoño del 66, basado en un extraordinario acopio de materiales, llega a conclusiones sobre el socialismo de Unamuno que, en lo fundamental, no difieren de las nuestras, aunque muy juiciosamente, Pérez de la Dehesa insiste menos en la espinosa cuestión de si fue o no marxista el socialismo del joven catedrático de griego.

Entre las recensiones hechas a este libro, dos merecen destacarse. Una, de pluma inteligente y amiga<sup>1</sup>, tratando a una vez del libro de Pérez de la Dehesa y de nuestro artículo reconoce la necesidad de aceptar como ya indiscutible el hecho de la participación activa de Unamuno en la historia del socialismo español de corte marxista. Pone, sin embargo, en duda, entre otras cosas, la profundidad del conocimiento que de la obra de Marx pudo haber tenido aquel Unamuno de los treinta a los treinta y

---

<sup>1</sup> ELÍAS DÍAZ: “Socialismo y marxismo en el primer Unamuno: Intento frustrado”, *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 41, febrero, 1967.

cuatro o treinta y cinco años. La otra recensión<sup>2</sup>, enemiga y tendenciosa —por ser de quien desde un diario madrileño, semana a semana, arrima el ascua a su sardina del final de las ideologías— lo pone todo en duda, basándose para ello, por un lado, en el rechazo certero de la atribución a Unamuno que hace Pérez de la Dehesa de media docena de artículos de *La lucha de clases* que, en efecto, no son de Unamuno y, por otro, en la mutilación de un pasaje clave de una carta de Unamuno a Pedro Múgica, así como en el hecho indiscutible pero irrelevante de que *después*, Unamuno fue antimarxista.

En resumen, que tanto de palabra como por escrito, pública o privadamente, tanto al libro de Pérez de la Dehesa como a nuestro artículo se oponen varios argumentos que podemos reducir a los dos siguientes: que no queda suficientemente demostrado que el socialismo de Unamuno a fines de siglo —indiscutible ya— fuese marxista o de “tendencia” más marxista que, por ejemplo, proudhoniana (o, en general, utópica); que no puede tomarse muy en serio la profundidad, o el rigor, o la autenticidad del marxismo —si en efecto hubo tal marxismo— en quien al parecer cambió radicalmente de visión del mundo de la noche a la mañana (debido a una crisis religiosa), revelando en la obra de su madurez una profunda y constante antipatía, e incluso incompreensión, por toda visión del mundo que no partiese del subjetivismo más irracional e individualista.

Con esta segunda crítica se plantea un problema de gran envergadura (el de la “autenticidad” de una visión del mundo que acaba por ceder su lugar a otra contraria) al que —simplemente— no podemos atender como es debido por incapacidad y falta de conocimientos<sup>3</sup>. Pero en cuanto que el problema se plantea a partir de una cuestión de capital importancia tanto para el conocimiento de la evolución del pensamiento de Unamuno como para el conocimiento de la historia del pensamiento y la realidad española de fin de siglo, ello nos ha obligado a replantearnos la cuestión del significado de la colaboración asidua y apasionada de Unamuno a *La lucha de clases* de Bilbao entre los años 1894 y 1897<sup>4</sup>. Para ello, por una parte, hemos vuelto a estudiar lo escrito por Unamuno para el público entre 1890 y 1900, atendiendo especialmente, claro está, a los artículos de *La lucha de clases* pero limitándonos aquí, para que nadie pueda llamarse a engaño, a los que, junto con algunos que Unamuno publicó

<sup>2</sup> G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *ABC*, 5 noviembre, 1966.

<sup>3</sup> En la conclusión de este trabajo aludimos, aunque brevísimamente, al problema que significa introducir la noción de “autenticidad” en la historia de un pensamiento en evolución.

<sup>4</sup> A diferencia de PÉREZ DE LA DEHESA, quien se ocupa incluso del socialismo de Unamuno posterior a 1900, insisto, como en mi anterior artículo, en limitarme a los años (94-97) durante los cuales cuando Unamuno dice “socialismo” de socialismo se trata y no de una vaga e irracional buena voluntad de que la sociedad mejore para todos.

en *Der Sozialistische Akademiker*, para fortuna del público español editará muy pronto Pérez de la Dehesa en forma de antología<sup>5</sup>. Por otra parte, hemos vuelto a explorar lo que podríamos llamar la “evidencia externa”: las cartas que entre 1890 y 1900 escribió y recibió Unamuno. Tanto en las páginas que siguen como en nuestro artículo anterior no hemos querido sino doblegarnos ante la realidad que, por ahora, nos es accesible. Donde aquí matizamos y hasta corregimos ciertos aspectos claves de lo expuesto por nosotros anteriormente ha de verse esa intención de objetividad que no debe sino agudizarse más y más en el diálogo con quienes nos ofrecen su crítica inteligente, amiga y apasionada: o llegamos a las cosas como son —en este caso: como han sido—, o no vale la pena ocuparse de ellas. Sólo lamentamos la extensión excesiva de este trabajo que no hemos podido evitar debido a que, para que las cosas queden lo más claras que sea posible, nos ha parecido necesario entrar en los detalles de mucho de lo que aparecía tratado esquemáticamente en nuestros anteriores trabajos sobre el asunto.

## LA “EVIDENCIA EXTERNA”

### CORRESPONDENCIA

Digamos ante todo que la evidencia que nos ofrece la correspondencia es confusa y contradictoria no sólo en su contenido sino porque es, por ahora, demasiado incompleta. Son varios los volúmenes importantes de correspondencia unamuniana ya publicados (Jiménez Ilundain, Maragall, Múgica, Corominas, *Clarín*...) y existen en Salamanca, en original y copia, algo más de 900 cartas de Unamuno. Por su parte, las cartas dirigidas a Unamuno que se encuentran ya clasificadas en Salamanca suman varios miles. Sin embargo, para los años que nos ocupan (1890-1900; 1894-1897 en particular), la correspondencia utilizable, es, en proporción, insignificante. Así, del material publicado sólo la correspondencia con Múgica, *Clarín*, Corominas y Jiménez Ilundain es —en parte o totalmente— anterior a 1897. De las novecientas y pico cartas de Unamuno que se conservan en Salamanca<sup>6</sup> apenas 26 están escritas entre 1890 y 1900: 10 a *Clarín*, 10 a Juan Arzadun, 3 a Francisco Rodríguez Marín, 1 a Mario Sagarduy y 2 a Federico Urales. De estas 26 cartas se conocen ya —en todo o en parte— las dirigidas a *Clarín*, a Arzadun y a Federico Urales (publicada una de ellas en su libro de 1902 sobre la filosofía española).

<sup>5</sup> En la editorial Ciencia Nueva, de Madrid.

<sup>6</sup> Que he podido consultar gracias a la buena voluntad de don Fernando Unamuno, de Felisa Unamuno y de doña Leo Ibáñez, Vda. de García Blanco.

Todas tienen cierta importancia para nuestro asunto salvo la dirigida a Sagarduy y las tres a Rodríguez Marín<sup>7</sup>.

Más importantes para nuestro tema pueden parecer a primera vista las cartas que dirigidas a Unamuno se encuentran clasificadas por orden alfabético en la casa biblioteca de Salamanca, aunque sólo sea porque hay bastantes escritas entre 1890 y 1900 y porque aparecen las firmas de gentes como Pablo Iglesias, Valentín Hernández, el editor José Lázaro, Timoteo Orbe, Verdes Montenegro, Anselmo Lorenzo. Pero, desgraciadamente, y aparte de que no todas estas cartas tienen igual importancia, no se conservan las correspondientes respuestas de Unamuno. Fácil es imaginar las dificultades que esto plantea para un estudio en que se trata de precisar el pensamiento político de *Unamuno* dentro de la historia de un socialismo que ya de por sí andaba confusa y hasta bizantinamente fragmentada en la Europa de fin de siglo.

En fin, que tras la lectura y relectura de todo este material epistolar y su análisis llegamos a la conclusión de que, de las cartas escritas por Unamuno entre 1890 y 1900 son las fundamentales, por su cantidad, por su continuidad y por su contenido, las escritas a Múgica, que, por lo demás, son ya conocidas del público en una edición de 1965<sup>8</sup>. Tiene también especial interés una carta, muy conocida, dirigida a *Clarín*. Por lo que se refiere a las cartas recibidas por Unamuno en estos años que hoy se conservan son de especial interés las de Valentín Hernández, Verdes Montenegro y Pablo Iglesias. Tiene cierta importancia también una de las cartas de Timoteo Orbe.

No es otro el material que ya habíamos estudiado en gran parte para nuestro anterior trabajo sobre el asunto y que hemos vuelto ahora a consultar. Pero, según se verá en seguida, lo principal de esta "evidencia externa" lo hemos encontrado en el epistolario Unamuno-Múgica. A él, pues, atenderemos aquí principalmente.

#### UN MÍNIMO DE ANTECEDENTES

Pero antes, aunque sea muy esquemáticamente, debemos intentar reconstruir la historia de la evolución del pensamiento del joven Unamuno, sin previo conocimiento de la cual su entrada decidida al socialismo en octubre de 1894 adquiere mucho más aire de conversión radical de lo que en realidad fue<sup>9</sup>.

Para nuestro propósito lo que importa recordar de la evolución de ese pensamiento juvenil puede reducirse a las consecuencias que tuvo lo que

<sup>7</sup> Tratan éstas, exclusivamente, de cuestiones filológicas.

<sup>8</sup> Ediciones Zig-Zag, Santiago de Chile.

<sup>9</sup> Esperamos desarrollar esta esquemática historia del pensamiento de juventud de Unamuno en un libro que ahora preparamos.

Unamuno mismo llamó varias veces el esfuerzo por “racionalizar” su fe. En efecto, cuando el Unamuno de los 18 años deja de asistir a misa en Madrid está ya lanzado por las vías del racionalismo que determinará las características principales de toda su obra anterior a 1897. Este racionalismo se refleja en un entusiasmo por la ciencia y el método científico que no sospecharían jamás quienes no conozcan los escritos de la primera época de Unamuno. Las influencias principales en los orígenes de esta evolución misma que le aleja de las creencias sentimentales de su niñez, son:

a) Kant, cuya *Critica de la razón pura* opera en el joven universitario de 1880-1884 de forma negativa, i. e., haciéndole dudar de la heredada visión religiosa del mundo;

b) Hegel cuya *Lógica* parece ser que empezó a traducir a los 18 años. Tras Kant, Hegel le abre al joven Unamuno la posibilidad de enfrentarse al mundo racionalmente y —esto será fundamental— dialécticamente;

c) Spencer, que viene a ser quien trae la “sensatez” y las posibilidades de aplicación práctica (en los estudios filológicos, por ejemplo) al racionalismo metafísico de Hegel.

Cubre así Unamuno en cortísimo plazo, de 1880 a 1884, las tres etapas fundamentales de la filosofía europea oficial de entonces. (Nuestro asunto trata de cómo pasa de esta filosofía “oficial” al pensamiento extrauniversitario del socialismo). Sin olvidar jamás a Kant —que reaparece siempre en los momentos cruciales, incluso en *Del sentimiento trágico*—, y a pesar de su hegelianismo permanente<sup>10</sup> —que se disfraza a veces de Heráclito, a veces de Quevedo—, es, sin embargo, Spencer quien domina el pensamiento de Unamuno en los largos años que van de 1884 a 1897: la pasión por el método científico positivo (por la observación de los hechos “como son”, según dirá repetidamente), por la idea del progreso, inseparable de la de la evolución “orgánica” (en la que, entre muchas otras cosas, se le niega importancia a la muerte que no es sino un cambio en la materia de la que han de brotar otras formas), es ya evidente desde su tesis doctoral<sup>11</sup>. Aún en pleno período socialista seguirá Unamuno refiriéndose a Spencer a propósito, precisamente, de su idea de la ciencia y del progreso así como, muy especialmente, a propósito del concepto de las “civilizaciones industriales”; lo cual no ha de asombrarnos por dos razones: porque a partir de 1893, por lo menos, Unamuno traducía a Spencer *pene lucrando* y porque era Spencer uno de los autores más leídos y difundidos por los socialistas españoles de entonces.

<sup>10</sup> Cf. nuestro artículo sobre “Aspectos dialécticos de las tres novelas ejemplares”, en *Revista de Occidente*, octubre, 1964.

<sup>11</sup> *Orígenes y prehistoria de la raza vasca*, 1884. Publicada en *Obras Completas*, VI.

La pasión por la razón y por el método científico no es en el joven Unamuno puramente teórica: con la notable e interesantísima excepción de su incompleta *Filosofía lógica*, escrita en 1886, en la cual, por lo demás, es la de Hegel la influencia dominante, lo fundamental de la obra de Unamuno desde su tesis doctoral (1884) hasta 1894 está dedicado a estudios lingüísticos. Hasta 1891, fecha de su ida a Salamanca, dominan los trabajos sobre el euskera; de 1891 a 1894, los estudios sobre el castellano (sin que olvide por ello las cuestiones del vascuence). El entusiasta del método científico es, pues, en la práctica, filólogo (de esta ocupación *profesional*, veremos, nace la correspondencia con Múgica). Tanto en los estudios sobre el vascuence y “lo vasco” como en los estudios sobre el castellano, domina la atención a “los hechos”, la búsqueda de material en la lengua viva (trabajos de campo) junto al estudio de la historia de la lengua y —resultado o motor de todo ello— junto a la voluntad de desmitificar (especialmente con relación al vascuence). Además de esta preocupación notamos aquí y allá en diversos trabajos una preocupación que a otros filólogos —a Múgica, por ejemplo— podía parecer extrafilológica: la preocupación por cambiar la mentalidad, los modos de vida, la condición histórica, digamos, de los hablantes a quienes no suele escucharse o a quienes se intenta adormecer con múltiples fantasmagorías sobre lengua y tradición que ha de rechazar todo el que tenga mentalidad científica. Son evidentes, así, los orígenes de una actitud “regeneracionista” que nos resulta perfectamente comprensible cuando recordamos que los intelectuales españoles de la época de juventud de Unamuno se enfrentan con el problema de la “regeneración” de España cada cual desde la perspectiva de sus conocimientos profesionales (derecho internacional, agricultura, metafísica, pedagogía, etc.) y todos con la voluntad de ponerse a la altura de Europa por obra y gracia del estudio científico, objetivo y libre, de la realidad <sup>12</sup>.

En evolución no interrumpida a partir de 1882 ó 1884 <sup>13</sup> este es, pues, el joven Unamuno que, al parecer de repente, se declara socialista y seguidor de Marx en una extraordinaria carta pública aparecida el 11 de octubre de 1894 en *La lucha de clases* de Bilbao. Sin embargo, esta vocación por el método científico, no basta por sí sola para explicarse el paso de Unamuno al socialismo, especialmente cuando, desde el primer momento, ese socialismo lleva a nuestro filólogo a la propaganda activa, es decir, a la lucha. Es fundamental, desde luego, la actitud científica ya que no hay posibilidad de acercarse a Ricardo, a Marx, a Loria, como lo hará Unamuno, sin ella. Pero no basta el racionalismo para ir más allá del

---

<sup>12</sup> Recuérdese la polémica de los krausistas sobre la libre investigación científica.

<sup>13</sup> Aunque haya en estos años conflictos interesantes e intentos de volver a la fe de su niñez en los que aquí no podemos entrar.

regeneracionismo característico de los intelectuales de aquellos años, regeneracionismo del que Unamuno se separa radicalmente en 1894. Es de suponer, por lo menos, que quien declara en octubre del 94 su adhesión al movimiento de la Internacional de Trabajadores iniciado por Marx, tenía ya que saber algo de ese movimiento y de Marx; lo cual a su vez exige, además de entusiasmo por la ciencia, un mínimo de conciencia de la realidad de los problemas sociales enfocados históricamente y desde la perspectiva de la economía política. No existiendo de origen en el intelectual pequeño burgués —que no otra cosa era Unamuno— la posibilidad de una adquisición espontánea de conciencia de clase antiburguesa, necesario le es para llegar al socialismo, más allá de subjetivas y personales reacciones que podrán o no llegar a objetivarse, la adquisición de una conciencia histórica que sólo en los momentos de gran conmoción social o histórica suele darse repentinamente. Leyendo con muy especial atención —a falta de la suficiente información biográfica— los artículos y relatos de Unamuno del 84 al 94 se encontrarán, en efecto, espaciados y marginales atisbos sobre la condición humana de ricos y pobres, o por ejemplo, sobre el papel reaccionario que jugaba en España la Iglesia. Pero es ello, en verdad, muy poca cosa para explicarnos la evolución que lleva a su adhesión al movimiento socialista. Afortunadamente, la correspondencia con Pedro Múgica se inicia en 1890: lo poco que hasta ahora podemos saber de la preocupación de Unamuno por las cuestiones sociales o de sus primeros contactos con el socialismo ha de encontrarse hoy por hoy en esa correspondencia. Será, pues, nuestro primer material de trabajo.

#### LA CORRESPONDENCIA CON MÚGICA

Pedro Múgica, bilbaíno también, era filólogo y residía en Alemania. A lo largo de la correspondencia con su joven paisano y colega, que se inicia el 29 de abril de 1890, es notable su profesionalismo: salvo raros y breves momentos en que recuerda a Bilbao o a algún amigo, pide consejo literario o comenta sobre cuestiones familiares (de salud generalmente), no habla sino de trabajos en marcha, de cuestiones bibliográficas, de oposiciones, de problemas etimológicos que le plantean palabras vascas, de publicaciones, de concursos, etc.; de vez en cuando, profundo y firme hilo conductor de todo ello, escribe sobre la necesidad de entregarse en cuerpo y alma a la investigación elegida como modo de vida, y sobre el peligro de la distracción y la dispersión. Por lo demás, la actitud profesional y su justificación teórica van a menudo de la mano de grandes elogios a Alemania, a su ciencia y cultura, a su vida universitaria y, en general, a todo aquello que —según él— distingue a Alemania de los desordenados y poco científicos países “latinos”. A pesar de que fue Múgica, según puede deducirse de sus cartas, un hombre bueno y tranquilo, capaz, por

ejemplo, de aceptar sin ofenderse las más violentas críticas que, de vez en cuando, le hacía Unamuno de sus trabajos, se irrita —o se lamenta— sobremanera cuando su paisano se permite el lujo de hablar de cuestiones ajenas a la filología. Sobre todo en los primeros años de la correspondencia, Unamuno entiende perfectamente sobre qué bases tiene sentido su relación con Múgica, de modo que sus cartas, particularmente hasta el 94 ó 95, además de ser casi tan largas como las de Múgica y a veces más, se apegan muy estrictamente al “tema dado”. Sin embargo, ya en los primeros dos o tres años Unamuno se sale de vez en cuando del tema, y llega a criticar alguna vez el limitado profesionalismo de Múgica. Tiene, pues, esta correspondencia un doble interés: nos permite saber aún más del Unamuno filólogo, cuestión importante no sólo para el estudio de la evolución de Unamuno sino para el estudio del limitado pero a su modo interesante submundo de la historia de la filología española; y, precisa y paradójicamente por lo limitado del tema dominante, nos permite seguir la huella —levísima al principio— de las *otras* preocupaciones del joven filólogo apasionado del método científico positivista.

Claro está que si tuviéramos para estos años correspondencia de Unamuno en que lo dominante fuesen sus preocupaciones ajenas a la filología —si es que eran tantas y tan serias como para llevar una correspondencia sostenida—, la correspondencia con Múgica pasaría a ocupar un lugar de importancia secundaria por lo que a nuestro asunto se refiere. Pero el hecho es que no tenemos hoy, para los años 1890-1894, más correspondencia que la de Múgica (y muy poco más, como hemos dicho, para los años 94-97); sin embargo, hasta en unas cartas de tema tan limitado y tan ajeno al que aquí nos ocupa, podemos vislumbrar en Unamuno cierto interés por aspectos de la realidad que acabarán por llevarle al socialismo “limpio y puro” de que habla en la carta del 11 de octubre de 1894.

Ya en la primera carta (29 de abril de 1890) encontramos algo que, afinando como nos hemos visto obligados a hacerlo, puede ser significativo. Habla ahí Unamuno de su fracaso en las oposiciones a una cátedra de psicología y escribe: “... no bien hablé de Wundt y entré a explicar algo de lo poco que yo sé respecto de lo mucho que en psicología fisiológica se ha hecho me trataron de *materialista*” (p. 89, op. cit.). Poca cosa a primera vista y, desde luego, dato insuficiente para pensar que Unamuno, en efecto, fuese entonces “materialista”, puesto que en el contexto de la difícil polémica entre “las dos Españas” que, por entonces, dividía a los intelectuales españoles, cualquier opinión que en este terreno se desviase, por ejemplo, de Balmes podía fácilmente parecer “materialista” a los miembros de un tribunal de oposiciones. Sin embargo, en vista de lo mucho que sabemos sobre el cientifismo del joven Unamuno, del cual, además, habla insistentemente en esta misma correspondencia, no sería excesivo suponer en el joven filólogo una *tendencia* al materialismo a par-



tir de la cual comprenderíamos no sólo su tan anti-“unamunesco” —tan spenceriano— convencimiento de que la muerte es sólo la transformación de la materia, sino el interés que revelará más adelante por el socialismo científico.

Pero la primera salida importante del tono impuesto la encontramos en la carta del 16 de mayo de 1890. Tras una larga disertación filológica, habla Unamuno de su preparación para las oposiciones a una cátedra de griego (la de Salamanca) y, de repente, en forma completamente inesperada, escribe: “Aquí [Bilbao] hay ahora movimiento obrero, estamos en estado de sitio<sup>14</sup>. Estos señoritos burgueses que se emborrachan en el Suizo no dejan de hacer epigramas contra los pobres obreros porque concurren a la taberna. V. sabe lo que son las minas, cuatro millonarios explotando vilmente a un rebaño de esclavos. Todo el mundo (menos los dueños) clama por los mineros, víctimas de una explotación inicua” (p. 106).

En carta del 1 de mayo de 1891 encontramos, pero en forma mucho más “objetiva”, otra pequeña prueba de que, además de filologar, el joven Unamuno miraba a su alrededor. A sabiendas de que esas cosas no le interesaban a Múgica, escribe: “Hoy 1 de mayo, manifestación obrera. Hay aquí tantas tropas casi como entraron hace 17 años el mismo día de hoy. Me acaban de decir que los obreros han dado fuego a algunos departamentos de los astilleros” (p. 142). Podría tratarse de la simple información sobre un curioso suceso local, sobre todo que quien se lo cuenta a un filólogo bilbaíno que quiere saber cosas del “choko” es un filólogo que no tiene al parecer más ocupación real que las etimologías vascas y los problemas del traslado a Salamanca, en cuya Universidad acaba de ganar la cátedra de griego. En efecto, hasta su traslado a Salamanca y durante sus primeros seis o siete meses de vida en la ciudad castellana, no vuelve a surgir el tema en las cartas a Múgica. Quizás ello tenga mucho que ver con el hecho de que Múgica no reaccionaba en absoluto con comentarios propios a las noticias “sociales” que le daba Unamuno. Pero, de repente, el 20 de marzo de 1892 escribe Unamuno estos párrafos que revelan que aunque no se lo dijera a Múgica sí había estado ocupándose de lo que se llamaba entonces “la cuestión social”:

He leído lo que mis correligionarios de ahí [Alemania], los socialistas, han hecho. Yo hago propaganda francamente socialista desde un periódico de aquí [Salamanca]; embisto a la burguesía y sobre todo a los republicanos. Envío números a Iglesias y Perezagua. Buscaré ejemplares y se los remitiré.

Le agradeceré mucho me enviara el libro de propaganda socialista más popular (no más docto) ahí, el que más se lee, el que de más crédito goza

<sup>14</sup> Lo cual era rigurosamente cierto. Cf. M. TUÑÓN DE LARA: *Introducción a la historia del movimiento obrer*, Barcelona, 1966; pp. 192-194.

entre las masas, el más accesible al pueblo, la Biblia en fin del partido socialista. O si no algunos números del "Vorwärts".

V. comprende mi idea. No un libro para los doctos, sino un libro de economía política científica ni de Kathedersozialismus, sino un libro del pueblo; porque ahí lo habrá. Conozco el Marx y otros, pero aquél es muy abstruso. He oído hablar de libros de Bebel, Engels y otros, y leído noticias en libros y periódicos socialistas. Como V. vive en medio del torbellino de este nuevo y santo movimiento, de esta redención que acabará con los soldaditos, los emperadores locos, los eruditos ociosos y las sandeces nacionales de Alsacia y Lorena, sabrá buscar y remitirme el libro que le pido, en el que yo adquiriera la más adecuada idea de las pretensiones, las aspiraciones y el ideal de ese partido socialista que aunque se produce un poco brutalmente en sus procedimientos lleva una nueva vida en su seno (p. 166).

Varios aspectos de estos párrafos que rompen seriamente por vez primera con la temática central de la correspondencia merecen especial atención. Ante todo, claro está, el hecho de que, dos años y siete meses antes de su extraordinaria carta de adhesión a *La lucha de clases*, Unamuno se declara ya socialista: no otra cosa significa el que se refiera a sus "correligionarios" alemanes. Sorprendente es también el hecho de que se refiera con relativa familiaridad a Iglesias y Perezagua puesto que la correspondencia de Pablo Iglesias que se conserva en Salamanca arranca de 1894. En vista de los dos comentarios de 1890 y 1891 sobre la situación obrera en Bilbao y de lo que va a ocurrir en 1894, no podemos, pues, sino pensar en una evolución ininterrumpida —excepto, quizás, por obligadas preparaciones de oposiciones— de Unamuno hacia el socialismo<sup>15</sup>.

Debemos también preguntarnos por el significado de las palabras "conozco el Marx y otros", que nos obligan a adelantar en por lo menos dos años y siete meses la voluntad de Unamuno de entrar al socialismo por la vía recta y que ayudan a entender aquellas palabras de la carta artículo del 11 de octubre del 94 en que —veremos— declara llevar algún tiempo estudiando "la economía política del capitalismo". La pregunta obligada, aparte de quiénes (o cuáles) sean los "otros", es: ¿qué obra de Marx conocía ya Unamuno en 1892? Desentendámonos de entrada de la posibilidad de que se refiera a alguna edición alemana de *El Capital* puesto que en abril del 94, según veremos, le pedirá a Múgica que le envíe *Das Kapital* (lo que, desde luego, no excluye la posibilidad de que ya en el 92 hubiese leído algo de Marx en alemán). Nos quedan, que sepamos, las siguientes posibilidades: a) el *Manifiesto comunista*, traducido ya en 1872

<sup>15</sup> Para entender mejor esta evolución habría también que tener en cuenta la amistad de Unamuno en Bilbao con un grupo de jóvenes "rebeldes", de la que ya ha hablado EMILIO SALCEDO en su libro *Vida de don Miguel* (Salamanca, 1964) así como la influencia que sobre él debe haber tenido Dorado Montero, con quien hizo amistad a poco de llegar a Salamanca.

en forma de folletón en *La Emancipación*; b) *El Capital de Carlos Marx, resumido y acompañado de un estudio sobre el socialismo científico*, de Deville (con epílogo de Lafargue), Madrid, 1875; c) La traducción directa de la primera parte de *El Capital*, de Pablo Correa, 1886; d) y, tal vez, un *Manifiesto* que, según indica Engels en el Prefacio a la edición inglesa de 1888<sup>16</sup> se tradujo al español de la versión francesa de *Le socialiste* (1885) y apareció en Madrid en 1886. Puesto que Unamuno declara en seguida que “el Marx” le parece “muy abstruso” quizás sea razonable suponer que se trata de *El Capital* y, probablemente, de la Primera Parte traducida por Correa, ya que es, en efecto, obra más “abstrusa” que el resumen de Deville y puesto que, según veremos, a ella parece haberse referido años más tarde, según se deduce de una carta de Pablo Iglesias que comentaremos.

Merece también comentario el hecho —inseparable de que “el Marx” le parezca “abstruso”— de que le pida a Múgica un libro de propaganda socialista “popular”: por estos datos, así como por aquello de que ha “oído hablar de Bebel, Engels y otros”, no tenemos más remedio que suponer que la “propaganda” socialista que Unamuno decía hacer desde un periódico de Salamanca no podía ser muy científica. Es decir: que en marzo de 1892 apenas estaba el joven Unamuno empezando a entrar en el pensamiento socialista; lo que no excluye, según hemos leído, que “embistiera” ya, quizás con instintivo acierto, a algunas de las cosas a las que había que embestir: a la burguesía y a los republicanos. De todos modos, parece claro que él mismo no se sentía aún capaz de meterse a fondo en “la economía política científica”.

Merece también que nos detengamos en ella la frase “nuevo y santo movimiento”, con que aquí se refiere Unamuno al socialismo, ya que más adelante se nos plantearán problemas de terminología de los que parece encontrarse aquí un antecedente. En efecto, no cabe desde dentro de un socialismo riguroso hablar de su “santidad”, como quizás revela una falta de penetración real con la visión socialista del mundo el decir —según Unamuno dirá después— que el socialismo es una “religión”. Trataremos más adelante de no esquivar este problema cuya solución por ahora nos parece triple: desafortunado apego a un lenguaje común que tiende a llamar “religión” a toda nueva idea que mueva a las masas; falta de penetración real con un nuevo pensamiento que exigiría un nuevo lenguaje; y resurgimiento —veremos— de ciertas inquietudes religiosas que llegan a la larga a confundirse con su socialismo para acabar desvirtuándolo. Aquí, puesto que, evidentemente, apenas empieza Unamuno a entrar en el pensamiento socialista, basta y sobra para explicarnos esta frase el pensar que no es ella sino un lugar común que Unamuno no ha intentado todavía desentrañar o superar.

<sup>16</sup> Cf. MARX-ENGEL: *Selected works*, I, Moscow, 1962, p. 27.

Por lo que se refiere a la idea de que el socialismo "se produce un poco brutalmente en sus procedimientos" hay que ver en ella, sencillamente, el reflejo de una mentalidad pequeño burguesa que empieza a comprender la necesidad del socialismo pero que no ha asimilado todavía ni la teoría ni la práctica de la lucha de clases. Más adelante veremos cómo, una vez ya realmente dentro del socialismo, da Unamuno durante una temporada la impresión de haber superado este potencial enfoque reformista para volver a caer en él según deriva hacia el utopismo.

Conviene, por último, advertir que al referirse aquí Unamuno a las cosas con las que "acabará" el socialismo (soldaditos, emperadores locos, sandeces de Alsacia y Lorena, eruditos ociosos) excluye deliberadamente lo fundamental porque se dirige polémicamente a las "sandeces" predilectas de Múgica, quien era germanófilo, defensor del militarismo y del Kaiser y, por supuesto, "erudito ocioso"... según se revela clarísimamente en su respuesta del 23 de marzo a esta carta donde, a la vez que promete enviar a Unamuno el libro que le pide, se declara sorprendido de que su joven paisano, tan buen filólogo, se "rebaje" a ocuparse de cuestiones de política y, especialmente, de socialismo.

A la "sorpresa" de Múgica contesta Unamuno el 5 de abril de 1892 con las siguientes palabras: "Me extraña que llame V. rebajarse al preocuparse del socialismo. El sentimiento oscuro, semiinconsciente, acaso brutal, que empuja y mueve a esas masas vale infinitamente más y significa infinitamente más en la cultura que la inteligencia del más excelso Tobler y del mismo Boppo Grim, y el espíritu que les mueve es al espíritu de estos señores lo que la tierra a un grano de arena. ¿Cree V. que el cuerpo y el alma de los pueblos vive de fonética románica?" (p. 168). Antes le ha advertido ya a Múgica que "mi genuina y legítima vocación no es la de la lingüística" (p. 167).

De aquí en adelante, aunque seguirá apegándose —pero cada vez menos— al tema lingüístico, hablará Unamuno cada vez más de otras cosas (especialmente, tal vez, de literatura), inclusive de socialismo. Encontramos referencias al hecho de que los que "hacen política" en Bilbao (Chávarri, Echevarrieta, Solaegui) en realidad hacen "negocio", por lo cual —dice Unamuno— él escribe en *El Nervión* "contra la política" (abril del 92; p. 188); leemos también un entusiasta elogio de *La sonata Kreutzer* de Tolstoy porque en ella se da una "ducha" a la "podrida" y "anémica", "sociedad burguesa" (17 de mayo del 92, p. 173); la afirmación de que "los católicos padecen hoy de anemia intelectual" y de que, especialmente por lo que se refiere a la "cuestión social" está ya "de católicos hasta la coronilla" (17 de mayo del 92; p. 172); un elogio de Amicis porque "se nos ha hecho socialista" (abril o mayo del 93; p. 193); etc...

También entre el 92 y el 93 encontramos ciertas precisiones de importancia. Por ejemplo (p. 173), tras el elogio a Tolstoy del 17 de mayo

del 92: un ataque al racionalismo, "es decir, al intelectualismo, a la creencia necia de que las ideas rigen al mundo".

¿Habrá ya Unamuno, dos años y medio antes de su adhesión decisiva a *La lucha de clases*, logrado poner a Hegel de cabeza? La oración siguiente nos revela en seguida lo mucho que aún tenía que andar y cómo, por influencia del irracionalismo, o vitalismo, tolstoyano confundía idealismo y realismo científico bajo la rúbrica común de "racionalismo". Escribe a continuación el aprendiz de socialista: "Hasta los socialistas están tocados de esta gangrena, y nos hablan ¡los pedantes! de socialismo científico". Es claro que el joven Unamuno no había entrado todavía seriamente en el estudio del socialismo.

Para mayo de 1893 (p. 196) algo parece ya haber avanzado puesto que se refiere a la "excelente *Historia del materialismo* (Geschichte d. Materialismus)" de Lange —aunque fuese Lange uno de los que, como Lasalle, creía en la "Ley de bronce de los salarios"<sup>17</sup>. En esta misma carta, sin embargo, afirma que "el socialismo es ante todo una gran reforma moral y religiosa, más que económica" (*loc. cit.*) opinión quizás derivada de Tolstoy que, según veremos, modificará radicalmente en sus artículos más ortodoxos de *La lucha de clases* (para volver a ella cuando vaya ya de salida del socialismo). Se refiere también en esta carta al "pedantesco e insufrible Carlos Marx" (*ibid*), sin que tengamos modos de saber si estas palabras son variante del "muy abstruso" con que se refería un año antes a "el Marx", o si responden a lecturas de otras obras de Marx.

Vuelve a hablar de Marx en una carta de entre mayo y setiembre de 1893 (p. 203)<sup>18</sup> para llamarle "latoso, antipático y sofista". Por el contrario encuentra "admirable", "simpático y razonable" a Henry George cuyo *Progress and Poverty* que acaba de leer ha sido para él, dice, "una casi revelación que ha afirmado y fortificado modificándolas" sus "convicciones socialistas" (*loc. cit.*). De nuevo, no podemos saber si este juicio responde a relecturas de "el Marx" o a lecturas de nuevas obras del fundador de la Internacional; es evidente en esta carta, sin embargo, el avance de Unamuno: no sólo habla con precisión de buen lector de George del problema de la propiedad de la tierra, sino que revela saber ya la importancia que los Ricardo y Stuart Mill tienen en la historia de la economía política. Por lo demás, habla en estos párrafos con fuerza sobre "la esclavitud de los trabajadores" y ve ya que es absurdo, desde el punto de vista socialista, ocuparse de "futilidades, de república y monarquía o de romanticismo" (*loc. cit.*).

<sup>17</sup> Véase la crítica que de LANGE hace MARX en la *Crítica al Programa de Gotha*, sección II.

<sup>18</sup> Es difícil precisar la fecha exacta de esta carta. La cuidadosa lectura tanto de las cartas de Unamuno como de las de Múgica (inéditas pero accesibles en la Casa Museo Unamuno de Salamanca) no nos permite mayor precisión que la que aquí ofrecemos.

Aparte de dos referencias a Spencer (de noviembre del 93 a febrero del 94)<sup>19</sup> no encontramos nada de especial interés para nuestro asunto hasta el 14 de abril de 1894. A principios de la carta que en esa fecha envía a Múgica escribe: "Ahora un encargo. Le ruego busque una edición económica (que la habrá) de la obra "Das Kapital" de Karl Marx y me la remita..." (p. 225); y para terminar la carta insiste: "No olvide V. decirme si ha recibido los números de la "Revista española" y las "Querellas del Ciego de Robliza" y qué le parecen éstas, y tampoco olvide buscarme un ejemplar de "Das Kapital" (p. 226). Este repetido encargo nos permite una hipótesis que, aunque parezca aquí arriesgada, creemos verá el lector confirmada más adelante. A saber: que sea cual sea "el Marx" a que se refería en mayo del 92 como "abstruso" (de donde seguramente los adjetivos que luego le dedica) la voluntad ahora declarada de leer *Das Kapital* refleja una disposición a repensar juicios precipitados, a la vez que un haber caído en la cuenta de que, por más "simpático" y "admirable" que sea George, el adentramiento en un socialismo riguroso —"limpio y puro, sin disfraz ni vacuna"— no podía llevarlo a cabo sin ir, decididamente, a la obra en que ha de encontrarse su fundamento científico. Por lo demás, este pedir *Das Kapital* no excluye nuevas lecturas, o *relecturas*, en español de otras obras de Marx, muy probables dado el renovado interés<sup>20</sup>.

¡Y aquí, de repente, la correspondencia de Unamuno y Múgica se suspende hasta el 22 de mayo de 1895! Nuestra principal "evidencia externa", ya de por sí limitada y, por lo tanto, de valor secundario, parece ahora, de golpe, perder toda importancia para nuestro estudio *puesto que es precisamente durante este silencio, y concretamente a partir de octubre del 94, cuando encontramos la primera etapa de la colaboración de Unamuno en "La lucha de clases" durante la cual, según veremos, elogia a Marx y analiza la realidad histórica desde una perspectiva "científica" y "materialista"*. No parece excesivamente arriesgado llegar a una primera conclusión: que así como cuando en la correspondencia con Múgica van en aumento la preocupación social de Unamuno y su interés por el socialismo disminuye el número de páginas dedicadas a la filología, pierde Unamuno *todo* interés por el diálogo con su amigo el "erudito ocioso" cuando entra por fin en serio a lo que él mismo llamará el estudio de "la economía política del capitalismo"<sup>21</sup>. Acto seguido, veremos, se lanzará *de lleno* a la propaganda desde un periódico del partido.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, pp. 214 y 216.

<sup>20</sup> No ha de olvidarse que dos años antes dice conocer "el Marx".

<sup>21</sup> Cfr. más adelante la carta de adhesión a *La lucha de clases* del 11 de octubre de 1894.

## UN ARTÍCULO DE ENERO DEL 94

Hay un texto que contribuye a dar sentido a este largo silencio epistolar así como a entender mejor la declaración de corte marxista del 11 de octubre de 1894, que de otra manera puede parecer abrupta y en contradicción con lo que, al parecer, nos revela la "evidencia externa" epistolar. Se trata de la publicación en el *Eco de Bilbao*, el 7 de enero de 1894, de un artículo titulado "La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa"<sup>22</sup>. No podía estar este trabajo, a una vez, más dentro del espíritu de la correspondencia con Múgica y más en contradicción con ella dentro de la evolución de Unamuno hacia el socialismo: aunque escrito para la divulgación se trata de un trabajo "profesional" de filólogo en el que se discuten, según el título lo indica, cuestiones de ortografía y fonética; pero en el ataque a la ortografía arbitraria y antifonética recurre Unamuno a conceptos que no encontraremos en ningún otro filólogo español de la época. Viene a decir que la ortografía española, en las formas arbitrarias cultas que todavía conserva, sirve a los ricos para diferenciarse de los pobres porque responde al "sentimiento de holganza y lujo que provoca nuestro estado social de privilegio y rapiña"; el principal obstáculo a toda reforma ha de buscarse en esos sentimientos, "fruto de la constitución de nuestra sociedad"<sup>23</sup>. "El hombre *culto y bien educado*... [que, por lo tanto, tiene buena ortografía]... educado para parásito de la sociedad, desconoce el alma de ésta y a dónde se encamina... porque no han cuidado de sofocar en él el légamo repugnante de nuestras tradiciones de rapiña legalizada, porque no le han enseñado a sentir náuseas cuando se le presenta al espíritu el principio económico de nuestra sociedad, su rueda catalina: ganar lo que pierde el otro"<sup>24</sup>. ¡Cómo se habrá escandalizado Múgica al ver fundirse así, con suficiente apoyo de datos etimológicos, las dos preocupaciones que corrían paralelas en las cartas que recibía de su colega y paisano! El título del artículo desde luego, era ya revelador y podía hacer sospechar que el autor tenía una idea de la historia —de la sociedad y sus palabras— sólo posible desde el socialismo ("autoritario", "ácrata" o utópico: ello no viene aquí al caso). Para que no haya lugar a dudas la cosa queda bien clara cerca del final del artículo cuando Unamuno escribe que "la historia la tenemos en torno nuestro, en nuestra aldea, en el hoy de que somos autores, y que toda ella es un largo aprendizaje y un martirio largo, una lucha secular entre el rico y el pobre..."<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Cf. *Obras completas*, vol. VI, pp. 386-391.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 387.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, pp. 389-390.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 391.

No nos parece exagerado suponer que para enero del 94 llevaba ya Unamuno andado un importante trecho en el camino del socialismo. Nos atrevemos incluso a suponer que había ya releído "el Marx" de 1892, que si ese Marx era alguna versión de *El capital* conocía también ahora el *Manifiesto* y que estaba ya preparado para acercarse, en su lengua original, al *Das Kapital* que pedirá dos meses y medio después, en abril del mismo año. En Henry George, desde luego, puede Unamuno haber encontrado suficiente información sobre el "ocio" y el "lujo" de la cultura burguesa, así como, tal vez, en el Spencer de quien vuelve a hablar entre el verano del 93 y febrero del 94; pero tanto la violencia polémica del artículo, como lo de la "rueda catalina", como el que decida terminar declarando que la historia es *lucha* entre ricos y pobres, nos parecen datos que apuntan ya en una dirección diferente; desde la cual, entre otras cosas, podría explicarse la disminución del volumen de cartas a Múgica en los primeros meses del 94 y, por fin, a partir de abril del 94 el largo silencio de más de un año.

#### UNA CARTA DE PABLO IGLESIAS

Nos incita también a pensar así una carta de Pablo Iglesias dirigida a Unamuno en 12 de diciembre de 1894 (doce meses después del artículo sobre la ortografía, ocho meses después del alto en la correspondencia con Múgica, dos meses después de la adhesión a *La lucha de clases*) en la que, entre otras cosas de interés, leemos lo siguiente: "En efecto, la segunda parte de la notable obra de Marx no se ha publicado en castellano"<sup>26</sup>. Como no se conservan las cartas de Unamuno a Pablo Iglesias no podemos saber en qué términos le hablaba de Marx ni por qué obra suya había preguntado. Podemos suponer también, aunque sean tantas las obras notables de Marx, que Unamuno ha preguntado por *El Capital* traducido por Correa ya que es ésta la única obra de Marx de la cual existía en español la traducción de una "primera parte". ¿Buscaba Unamuno la "segunda parte" porque había venido leyendo o releendo la "primera" en el curso del año?; ¿porque la había leído o releído junto con *Das Kapital* pedido a Múgica en abril?: ¿porque Múgica —y esto es lo más probable, según veremos— no le había enviado el *Kapital* encargado? Sea lo que sea, no podemos sino ver aquí (en un texto publicado en enero del 94, en un encargo privado de abril del 94 y en la respuesta a una pregunta de diciembre del mismo año) la continuidad de un interés creciente de Unamuno por la obra de Carlos Marx. Este interés se confirmará en los artículos de *La lucha de clases*. Pero mientras llegamos a ello, volvamos a la correspondencia con Múgica.

<sup>26</sup> Esta carta se encuentra en la Casa Museo de Unamuno en Salamanca, clasificada bajo el nombre de su autor.



## DE NUEVO, CARTAS A MÚGICA

La primera sorpresa la encontramos en cuanto se reanuda la correspondencia, el 22 de mayo de 1895, tras un año y un mes de silencio. Escribe ahí Unamuno: "Soy socialista convencido, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las virtudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más. Me incomodé cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz. ¡Pobre ideal!, ¡en qué manos anda el pandero!" (pp. 228-229).

Subrayemos tres cosas. Que aunque el ataque es a los "fanáticos" de Marx, no al "fanático Marx", y podría por lo tanto interpretarse dentro de la línea del marxismo revisionista o reformista por entonces en boga en Europa (incluso la alusión a "las virtudes y los servicios de la clase media" podría interpretarse en este sentido), el que también rechaza Unamuno "la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo" debe hacernos pensar que, cualquiera que haya sido la forma que iba tomando el socialismo de Unamuno entre abril (o enero) de 1894 y mayo de 1895, parece haber entrado ahora en una fase de crisis atenuada por cierta influencia —ya inevitable— de Marx. En la misma dirección parece apuntar lo del "amor" y la "paz". Por lo demás el tono reformista viene seguramente influido por Spencer, a quien traducía entre noviembre del 93 y mediados del 94, y de quien, sin duda, toma Unamuno lo "del proceso evolutivo". Veremos en los artículos de *La lucha de clases* que, en efecto, más o menos por estas fechas, empieza Unamuno a insistir en que el socialismo "se viene solo". También por estas fechas, en efecto, empiezan sus "correligionarios" a llamarle "místico" e "idealista", cosa nada sorprendente porque ha publicado ya el tercero de sus ensayos de *En torno al casticismo*, su única publicación de interés durante el período de más intensa colaboración a *La lucha de clases*.

## CARTAS A CLARÍN

Justo por estas fechas, el 31 de mayo de 1895, escribe Unamuno una muy conocida carta a Clarín<sup>27</sup> en la que, entre otras cosas, dice: "yo también tengo mis tendencias místicas... pero éstas van encarnando en el

<sup>27</sup> Cf. *Epistolario a Clarín*, Madrid 1941.

ideal socialista, tal cual lo abrigo. Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa cuando se marchite el dogmatismo marxiano y se vea algo más que lo puramente económico. ¡Qué tristeza el ver lo que se llama socialismo! ¡Qué falta de fe en el progreso, y qué falta de humanidad!". De manera más extrema parece confirmarse aquí el utopismo del socialismo de Unamuno en 1895. (Advirtamos, sin embargo que, según se verá en *La lucha de clases*, sería un error creer que estamos frente a un "socialismo cristiano": pocas cosas le parecerán a Unamuno tan absurdas en estos años como la posibilidad de la existencia de tal "socialismo").

Incluso antes de que se conocieran las precisiones aportadas por Pérez de la Dehesa y por nosotros, es decir, incluso antes de que se hubiese pensado seriamente que Unamuno haya sido alguna vez de verdad socialista, esta carta a *Clarín* ya había servido para curarse en salud, es decir, para "probar" que pocas cosas hubo más ajenas a Unamuno que el socialismo. Conviene advertir, sin embargo, que no poseemos ninguna otra "evidencia externa" de tono tan idealista como estas palabras; que consta en otras cartas que Unamuno le tenía miedo a *Clarín* (de quien esperaba reseñas de *En torno al casticismo* y, luego, de *Paz en la guerra*); que conocía muy bien las inclinaciones "místicas" del asturiano y que quería acercarse a él por ese lado<sup>28</sup>, único caso de tal voluntad "conciliadora" que conocemos en Unamuno; que para lograr acercarse así a *Clarín* llega en esta carta hasta a tergiversar los hechos cuando, a propósito de esas supuestas "tendencias místicas" suyas escribe que "no en vano he estado oyendo misa al día y comulgando al mes con verdadero fervor y no por fórmula hasta los veintidós años", cuando es un hecho ya plenamente demostrado que dejó de oír misa por primera vez en Madrid entre el 82 y el 84, i. e., entre los 18 y los 20 años<sup>29</sup>. Que no nos extrañe, pues, si en sus artículos de *La lucha de clases*, presta, por ejemplo, mucha más atención a "lo puramente económico" de lo que podríamos sospechar por estas palabras a *Clarín*. Atención que, por cierto, recomienda en carta a Múgica de estas mismas fechas cuando escribe: "Lo que creo es que el socialismo se viene solo y para todos, que nadie sabe lo que será y que el deber de todos es estudiar el proceso económico y no empeñarse en nada contra la corriente" (pp. 232-233)<sup>30</sup>. Lo que no excluye que también diga que le "carga el socialismo alemán por disciplinado y ordenancista" tanto como le gustan los socialistas franceses (Jaurés sobre todo) "y aún más los ingleses (William Morris, etc.)" (*loc. cit.*).

<sup>28</sup> Cf. epistolario con JIMÉNEZ ILUNDAIN: *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires.

<sup>29</sup> Cf. A. SÁNCHEZ BARBUDO: *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid 1959, pp. 19-23.

<sup>30</sup> Carta difícil de fechar, pero que, según se deduce por la respuesta de Múgica (que puede consultarse en Salamanca) no puede ser sino de mediados del 95.

Poco más encontramos en la correspondencia a Clarín que nos ayude a precisar o a confundirnos más. Destaquemos, sin embargo, estas palabras que le dirige el 2 de octubre de 1895: "Para mí el socialismo es la aurora de lo que Spencer llama sociedades industriales, fundadas en la cooperación y la justicia (la que se identifica con la caridad), no en la concurrencia y la ley". Más adelante tendremos oportunidad de insistir en la influencia indudable de Spencer.

### A MÚGICA OTRA VEZ

Entre las diversas alusiones que entre 1895 y 1897 encontramos en las cartas a Múgica a la situación económica de Bilbao, a la creciente tirada de *La lucha de clases*, al "patriotismo" militarista, a la guerra de Cuba ("uno de los más curiosos ejemplos de cómo la guerra es un negocio y de lo que es capaz el Genio del capitalismo moderno", p. 235), encontramos el 22 de diciembre de 1895 estas palabras fundamentales para nuestro estudio, según veremos en la conclusión: "Yo no he escrito en *La lucha de clases* nada desde abril hasta principios de octubre. En cambio desde primeros de octubre, en estos 6 ó 7 últimos números son míos todos los fondos, hago yo solo cerca de la mitad del periódico y a veces más. He luchado por modificar ese semanario y darle un tono más sereno y reposado, purgarle de ciertos resabios. Creo lo llevamos en camino de mejora cada vez más mayor. En Bilbao se lee mucho... Es también mío, por supuesto, el "Bilbao por dentro" (pp. 237-238). Palabras que no sólo importan para precisar aspectos de su colaboración en *La lucha de clases*, sino que, una vez más ("... modificar a ese semanario y darle un tono más sereno y reposado...") apuntan hacia una actitud reformista; aunque tendremos que volver sobre la cuestión de los "resabios" de *La lucha de clases* que otros llamaban "groserías" y que Unamuno defenderá como inevitables tanto por carta como en el periódico mismo. Por lo pronto en carta del 3 de mayo del 96 a Múgica: "Sigo colaborando en *La lucha de clases* y peleando para que dejen las groserías y los desplantes callejeros que tanto perjudican al semanario. Y no es que a mí, personalmente, me molesten esas *groserías* socialistas; sé ver por dentro de las cosas y me hieren y repugnan más las *finuras* burguesas. Sobre esto de la grosería pienso escribir de largo..." (p. 241). Subraya aquí Unamuno *groserías* — por paralelismo, *finuras*— porque es palabra empleada en son de queja, contra *La lucha de clases* y contra el socialismo más militante en general, por Timoteo Orbe y Verdes Montenegro en cartas del 95 que se conservan en el archivo de Salamanca.

Poco más hay de interés para nuestro asunto en la correspondencia con Múgica. Lo que queda, sin embargo, es quizás lo que puede sumirnos en mayor confusión. En una carta difícil de fechar, pero que no puede

ser sino de entre febrero y octubre de 1897<sup>31</sup>, escribe Unamuno lo siguiente: "Estoy leyendo *Das Kapital*, de Carlos Marx, que he adquirido" (p. 253). Y algo más adelante: "Ahora leo asiduamente el *Vorwaerts* que me manda Iglesias (es decir, recibo ya el cambio de *El socialista*)" (*loc. cit.*). De ser esta carta posterior a la crisis "religiosa" de marzo de 1897, no podemos calificarla sino de extraordinaria. Incluso si es de febrero, cuando ya llevaba un tiempo gestándose la crisis, ha de sorprendernos. No sólo porque la obra de Marx que acaba de adquirir se la había pedido a Múgica en abril de 1894, sino porque para fines del 96, según veremos, ya estaba Unamuno fuera de la "corriente principal" del "socialismo sin disfraz ni vacuna". Por otra parte, bien considerada la trayectoria del socialismo de Unamuno, no parece este el momento más adecuado para que estuviese dedicándose "asiduamente" a la lectura de "el *Vorwaerts*", periódico al que antes, había calificado de excesivamente "ordenancista" declarando que le "molestaba" (p. 233). Para mayor sorpresa, sigue hablándole a Múgica con entusiasmo —aunque brevemente— del socialismo en cartas de julio y del día de los Inocentes de 1898. Y —esto es ya el colmo— el día 15 de septiembre del 98 escribe: "He concluido el primer volumen de "*Das Kapital*" de Carlos Marx. Cada día me interesa más el socialismo" (p. 272).

#### UNA CARTA A ARZADUN

Que no podemos dudar que *después* de la crisis religiosa de marzo del 97 siguiese Unamuno "interesado" por el socialismo y, en particular, por Marx, lo confirma una carta a Arzadun del 30 de octubre de 1897. La carta es conocida y, recientemente, Pérez de la Dehesa ha citado algún pasaje clave<sup>32</sup>. Merece la pena, sin embargo, reproducirla aquí algo más extensamente de lo que hasta ahora se ha hecho.

... me siento —escribe Unamuno— más socialista que antes y en la misma manera en que antes lo era. El socialismo corriente, marxista sólo peca de aquello de que se inhibe. Una cosa es el racionalismo y otra el materialismo teórico que a él unen muchos. Si en la Iglesia lo normal es que se rechace el socialismo, es porque no lo conocen y porque viéndolo mezclado con doctrinas y tendencias de otro orden, lo rechazan todo en globo y hacen bien. Pero así como se va entendiendo el darwinismo, se irá entendiendo el socialismo económico científico; el que predique desde *La lucha de clases*, la doctrina que arrancando de la luminosísima y profunda crítica de Marx procura preparar la inevitable socialización de los medios de producción. Sobre el llamado socialismo católico tienes tradu-

<sup>31</sup> El cotejo de las cartas anteriores y posteriores, tanto de Unamuno como de Múgica no nos permiten precisar más la fecha de esta carta.

<sup>32</sup> Cf. *El primer Unamuno*, Madrid 1966, pp. 75-76.

cida en castellano la obra de Nitti: *El socialismo católico*. Por supuesto, todavía los católicos no han entrado en el socialismo lleno; en el que vendrá. Por otra parte, lo de socialismo católico me parece una simpleza, como decir química católica o matemáticas protestantes. Si te atrevieras con ella, la mejor obra para el socialismo es *El capital*, de Marx, la obra extensa, no el resumen; o el *Analisi della proprietà capitalista*, de Achille Loria. Pero estas obras son extensas y no lo que pides. Te recomiendo Th. de Wyzawa: *Le mouvement socialiste en Europe* (tres francos cincuenta), por de pronto. Otro día te mandaré una nota de libros de esta clase.

Lo malo del socialismo corriente es que se da como doctrina única, y olvida que tras el problema de la vida, viene el de la muerte. Del seno mismo del problema social resuelto (¿se resolverá alguna vez?) surgirá el religioso: la vida ¿merece la pena ser vivida?

El socialismo tiene fuerza porque ha sustituido a vaguedades, tangibilidades, pero su debilidad está en hacer del factor económico el únicamente primordial, en desconocer que hay dos goznes de la historia humana: lo económico y lo religioso.

De lo de "El País" nada te digo, porque tu juicio es exacto. Esos sentimientos pseudo-socialistas son al socialismo verdadero lo que el religiosismo de los estetas románticos a la austera religiosidad..."

Aunque es evidente cierto despego, pues ha dejado ya Unamuno la praxis socialista y ha pasado su crisis religiosa, es notable en estas páginas no sólo la "vuelta" a Marx —y quizás la primera lectura de *Das Kapital*—, sino el que todavía califique al marxismo de socialismo "corriente", es decir, de socialismo básico y, digamos, verdadero. Notable también que diga que ese socialismo es el que defendió desde *La lucha de clases* y que ataque al "pseudo-socialismo" de *El País* mientras habla de las "tangibilidades" que ha traído el "socialismo económico científico" a partir de la "luminosísima y profunda crítica de Marx". Y nótese también que no niega Unamuno la importancia básica de "lo económico", sino que añade a ella la de "lo religioso", aunque no debemos creer que en esto se parezca al Engels que reconoce que tanto Marx como él han insistido quizás en exceso en lo económico<sup>33</sup>, puesto que ni Marx ni Engels reconocerían jamás que "lo religioso" es en la historia un "gozne" equiparable a "lo económico". Por lo demás esta postura la encontraremos en los artículos de *La lucha de clases* con anterioridad a esta fecha. En fin, que aunque esta atención a *Das Kapital* en pleno 1897 no puede sino dejarnos perplejos, en cuanto que desde ella mira Unamuno hacia atrás y explica que corresponde a la actitud que defendió públicamente desde *La lucha de clases*, resulta significativa para nuestro estudio.

---

<sup>33</sup> Cf. Cartas de Engels a Schmidt y a Bloch en: MARX-ENGELS: *Selected works*, II, pp. 486 y 488.

En conclusión de este repaso a la "evidencia externa" podemos afirmar que la correspondencia de Unamuno con Múgica nos permite vislumbrar un interés de Unamuno por el socialismo muy anterior a 1894, a la vez que un progreso conceptual según nos acercamos a la fecha decisiva del 11 de octubre de 1894. Por lo demás, la correspondencia no parece revelar un muy serio conocimiento del marxismo. No podemos, sin embargo, pasar por alto que hay un silencio epistolar de un año y un mes en el momento crucial, que desde antes de este silencio no le habla Unamuno a Múgica de cuestiones políticas ni, en particular, de socialismo y que —para acabar de confundir al lector que no tenga todo esto en cuenta y base su juicio en sólo la correspondencia— habla Unamuno de Marx con cierta lucidez precisamente cuando ha dejado ya *La lucha de clases* y el Partido socialista<sup>34</sup>. Como además dice poco Unamuno en general de preciso en estas cartas cuando habla de marxismo, quizás por ser quien era su corresponsal, esta correspondencia crea casi más problemas de los que resuelve y, desde luego, puede inducir a superficiales y peligrosos juicios al lector que con ella se conforme y no se ocupe de estudiar en serio los artículos de *La lucha de clases*. Otra quizás sería la impresión que nos produciría la correspondencia con Pablo Iglesias, por ejemplo, si la tuviésemos. Pero es inútil lamentarse de lo que por ahora no tiene remedio: lo que existe a mano es una "evidencia externa" muy fragmentaria y, al parecer, contradictoria, que no nos permite ninguna conclusión definitiva pero que debe obligarnos a plantear ciertos problemas e incluso a vislumbrar algunas soluciones que habremos de encontrar en los artículos publicados en *La lucha de clases* y *Der Sozialistische Akademiker*. Como siempre, pues, y dejando ya lo externo, tenemos que ir a los textos mismos, a la materia primera de toda investigación de este tipo<sup>35</sup>.

#### LOS TEXTOS: "LA LUCHA DE CLASES" Y "DER SOZIALISTISCHE AKADEMIKER"

Nuestro primer texto ha de ser la carta que el 11 de octubre de 1894 dirigió Unamuno a Valentín Hernández, director entonces de *La lucha de clases*, carta que se publicó en primera plana de aquel semanario el 21 de octubre del mismo año. Puesto que ya tuvimos ocasión de darla

<sup>34</sup> Esta es precisamente la época en que, según recordaba Maeztu en una carta todavía inédita a Ortega, en 1910, Unamuno juraba que los dos grandes genios de la humanidad eran Hegel y Marx (carta consultada en el archivo de la *Revista de Occidente*, por cortesía de doña Soledad Ortega de Varela).

<sup>35</sup> Recuerdo al lector que me baso para este estudio en lo que está ya al alcance de todos: la selección de los artículos socialistas de Unamuno hecha por Pérez de la Dehesa para la editorial Ciencia Nueva.

a conocer casi íntegra en nuestro artículo citado de la *Revista de Occidente*, y como ha de salir pronto de nuevo a la luz en la antología citada de Pérez de la Dehesa, nos limitaremos ahora a destacar sus ideas principales.

Ante todo, la confirmación de lo que ya hemos podido deducir por nuestro estudio de la correspondencia: que “hace tiempo” que a Unamuno le “venía preocupando lo que ha dado en llamarse cuestión social” y que “observaba la marcha del socialismo, al cual apenas conocía...”. Esta “preocupación” y esta “observación” podemos remontarlas ya, sin lugar a dudas, a los años 1890-1892. Añade en seguida Unamuno: “Me puse a estudiar la economía política del capitalismo y el socialismo científico a la vez”; a lo que siguen estas palabras fundamentales: “y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores... es el único ideal hoy vivo de veras...”. La primera parte de este momento de la evolución (estudio de la economía política del capitalismo y del socialismo científico) la confirmamos sin dificultad a partir de 1892-1893 en las referencias que hemos leído a Ricardo, Stuart Mill y H. George, así como a “el Marx”; su culminación (“... ha acabado por penetrarme la convicción...”) no podemos confirmarla en la correspondencia ya que debió iniciarse a fines del 93 o a principios del 94 (momento del artículo sobre la ortografía en la sociedad burguesa), es decir, poco antes del largo silencio epistolar de más de un año, habiéndose completado durante ese silencio y antes de octubre del 94. Por un lado, pues, silencio epistolar, y, por otro, la declaración pública, en un periódico de lucha, de que para él el socialismo “limpio y puro”, es decir, el verdadero, es el que “inició Carlos Marx...”. Debemos, pues, tomar absolutamente en serio esta brevísima referencia de Unamuno a su evolución y no podemos dudar de su filiación dentro de las varias tendencias posibles del socialismo de aquel tiempo (en Europa y en España) cuando por fin decide entrar en la lucha como propagandista.

Este poner a Marx por delante, la “convicción” de que el “socialismo científico” —“sin disfraz ni vacuna”— es el auténtico, se confirma varias veces a lo largo de la carta-artículo en ciertas ideas claves que ahí expone: cuando indica que “el capitalismo burgués” “empieza a ahogarse bajo su propio peso, aplastado fatal y necesariamente por las mismas leyes de libertad que proclamaron sus defensores”, aunque se defienda “con proteccionismos, con monopolios, con paz armada y ejércitos dispendiosísimos, con amenazas, promesas y mentiras, con falsa beneficencia”; cuando ataca al “socialismo de Estado”, al “socialismo de cátedra” y, en general, a “los socialismos burgueses” que “son enemigos del verdadero socialismo o engañosos sofismas”; cuando ataca al anarquismo, que los capitalistas ven “con simpatía secreta” porque “es en el fondo su doctrina” (“brutal individualismo egoísta”); cuando, insistiendo en esta cuestión,

crucial para el marxismo, declara que “la revolución por la revolución misma es sentimiento de almas educadas en el anarquismo disfrazado de los burgueses”, lo que no excluye, claro está, “que la revolución pueda llegar a ser una necesidad dolorosa” ya que “es un medio, probable y desgraciadamente inevitable para el triunfo de la verdadera paz”. Podría tal vez hacernos vacilar en nuestro juicio ese “probablemente... inevitable”, no sólo porque desde nuestra perspectiva (después de la toma bolchevique del poder en Rusia y países del Este de Europa, después de China y Cuba) quizás entendamos que la revolución se ha revelado históricamente como inevitable, sin que valgan “probables”, sino porque queda claro innumerables veces en Marx y Engels que tarde o temprano, y siempre según circunstancias particulares, la revolución es —o ha de ser— inevitable.

Importa entender, sin embargo, que ha sido siempre uno de los problemas centrales del marxismo el de mantener el concepto de revolución entre los dos polos contrarios —y siempre tentadores— del aventurismo y el reformismo. Por lo demás, si ese “probable” puede hacernos sospechar un reformismo en potencia (que luego, en efecto, se cumplirá) nada todavía en *este texto* nos autoriza a pensar en ello. No sólo porque el problema estaba entonces muy en el aire, sino porque ya por lo menos desde 1865, desde su Introducción a *Las luchas de clases en Francia*, lo había planteado el mismo Engels al escribir que “la rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas” estaba ya “considerablemente anticuada”<sup>36</sup> y que existía “un método de lucha del proletariado totalmente nuevo”<sup>37</sup>, el “del empleo del sufragio”<sup>38</sup> y el del “trabajo lento de propaganda y la actuación parlamentaria”<sup>39</sup>. Acabará Unamuno por despegarse un día de toda huella de marxismo y, veremos, hasta por atacar violentamente toda ortodoxia, pero, en este momento, su apego a ciertas ideas básicas de Marx-Engels) parece fuera de duda y es —por lo menos— tan claro como el de la mayoría de sus “correligionarios” (Pablo Iglesias, Jaime Vera, Valentín Hernández...).

No deja, sin embargo, de presentar ciertos problemas este fundamental documento. Así, por ejemplo, quien vaya al texto verá en seguida que en el párrafo en que habla Unamuno sobre el “socialismo limpio y puro”, a partir de “ha acabado por penetrarme...”, la oración completa dice lo siguiente: “ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la humanidad”. La primera de las frases que subrayamos indica claramente que

<sup>36</sup> Cf. *Las luchas de clases en Francia*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967, pp. 28-29.

<sup>37</sup> *Op. cit.*, p. 28.

<sup>38</sup> *Op. cit.*, p. 35.

<sup>39</sup> *Op. cit.*, p. 36.



para Unamuno, incluso en este momento, el socialismo científico —y verdadero— que *inició* Carlos Marx no termina con Marx y Engels. En sí la idea es perfectamente aceptable aún desde la más dogmática ortodoxia, ya que es de rigor reconocer que, por simples razones de limitación histórica y de conocimientos, Marx y Engels no pueden ser inicio y *fin* del pensamiento socialista. Sin embargo, —y esto lo sabemos tanto por la correspondencia anterior a octubre del 94 como por ciertos textos que veremos en seguida— las “corrientes” que Unamuno irá viendo “refluir” “de otras partes” hacia el socialismo “limpio y puro” se llaman George, Loria, Spencer: aunque la idea no tenga, pues, por qué chocarnos en sí (más aún, hemos de aceptarla como científicamente impecable), pensada concretamente en relación con las “corrientes” en que Unamuno estaba pensando, debe hacernos sospechar la presencia de un reformismo en germen que, veremos, culminará en 1896 en la tesis de que todo aquello que se llame “socialismo” tiene el mismo valor teórico y práctico. En el mismo momento, pues, en que Unamuno se declara seguidor de Marx prepara ya quizás el terreno para no quedarse encerrado en la ortodoxia.

La segunda de las frases subrayadas (“es la religión de la humanidad”) nos plantea un problema que, por ser precisamente de terminología, es sumamente importante cuando se trata de cuestiones de socialismo “limpio y puro” o de ortodoxia. En principio, podría decirse que el calificar al socialismo científico de “religión” revela un desconocimiento serio de ciertas aportaciones nuevas de ese socialismo. El saber hacer un uso impecable de la terminología marxista no tiene por qué reflejar un pensamiento verdaderamente marxista; pero quizá no sea posible aún tal pensamiento (incluso por razones polémicas) sin la justa terminología. Y es claro que el socialismo científico no es una religión. Siendo, además, quien escribe esta frase, un hombre que había evolucionado desde una profunda fe religiosa y que volverá a las preocupaciones religiosas a partir de la crisis de marzo del 97, la frase ha de parecer por fuerza sospechosa al conocedor de su vida y obra. Ahora bien, para que las sospechas del lector no vayan demasiado lejos diremos que hemos oído ya, y volveremos a oír, al Unamuno socialista hablar muy mal de los socialismos “religiosos” (socialismo católico concretamente); y que, salida de *otra* pluma, de la de cualquier otro socialista español de su tiempo, esta frase nos llamaría muchísimo menos la atención porque puede no revelar más que un lastre terminológico común a un siglo y a un país en que la nueva “idea” (como antes la idea liberal) se asociaba automáticamente al gran movimiento del imperio romano, según se revela en el empleo de la palabra “correligionarios”, que ya hemos discutido, palabra que se empleaba comúnmente en el XIX para referirse, por extensión, a los que tenían la misma opinión política que uno. Tómese además en cuenta que la analogía entre socialismo y religión, en cuanto que los dos han sido movimientos subversivos de masas, la había ya hecho nada menos que Engels, precisamen-

te en las extraordinarias páginas finales de la arriba citada Introducción a *Las luchas de clases en Francia*. El espléndido párrafo de Engels en que de esto trata empieza así: "Hace casi exactamente 1600 años, actuaba también en el Imperio romano un peligroso *partido* de la subversión. Este partido minaba la religión y todos los fundamentos del Estado; negaba de plano que la voluntad del emperador fuese la suprema ley; era un partido sin patria, internacional, que se extendía por todo el territorio del imperio... Este partido de la revuelta [...] se conocía por el nombre de los cristianos..." (*op. cit.*, pág. 41). ¿Ha de extrañarnos, pues, más de la cuenta la frase de Unamuno?

En nuestro anterior artículo (página 170) habíamos ya llamado la atención sobre otro problema menor que puede plantearse este texto. Nos referimos a la voluntad declarada de Unamuno de convencer a otros "obrerros intelectuales, que han servido hasta hoy de guardia civil al capitalismo burgués" para que se unan al movimiento socialista. Toda campaña en esta dirección les parecía peligrosa a Marx y a Engels (y no es extraño dado el caso Dühring) porque, según explican, cuando los intelectuales acuden al socialismo tienden a olvidarse de la lucha de clase, que les parece "un fenómeno desagradable y vulgar", con lo que "de las bases del socialismo sólo queda el 'verdadero amor a la humanidad' y otras frases vacías sobre la 'justicia'"<sup>40</sup>. Sin embargo, Marx y Engels están más que dispuestos a recibir dentro del movimiento a los intelectuales que "hayan estudiado a fondo la nueva ciencia"<sup>41</sup>. Unamuno, desde luego, acabará por ser de los que hablaban de "amor a la humanidad" y de "justicia", y ya le hemos visto quejarse de las "groserías" de los socialistas; pero, por el momento, sus credenciales de estudio de la "nueva ciencia" parecen justificar —por lo menos al nivel en que esa ciencia se encontraba entonces en España— el que no demos demasiada importancia a esta cuestión.

Vemos, pues, en esta carta del 11 de octubre de 1896, una opinión acerca del marxismo que no podríamos sospechar por la correspondencia que nos es hoy accesible; opinión que importa subrayar debido a que ha sido un elemento hasta ahora desconocido en la evolución del pensamiento de Unamuno. Por lo demás, de la mano con esta declaración van ciertas ideas que en efecto concuerdan perfectamente con las del "socialismo limpio y puro" que "inició Carlos Marx". Ahora bien, junto a ello —pero quizás sólo si hacemos abstracción del bajo nivel que por entonces tenía la teoría socialista en España— encontramos gérmenes de ideas que nos hacen sospechar un cierto reformismo en potencia. Quizás, sin embargo, estos "gérmenes" no estén en el texto a la vista de todos sino en una interpretación del texto basada en el conocimiento de la posterior evolu-

<sup>40</sup> MARX-ENGELS: *Selected works*, Moscow 1962, p. 484.

<sup>41</sup> *Loc. cit.*

ción de Unamuno. El entusiasmo con que *La lucha de clases*, *El socialista* de Madrid y *El grito del pueblo* de Alicante acogieron la carta pública de Unamuno, así como el hecho de que apareciese en primera plana de *La lucha de clases* enmarcada por columnas en que se informa de colectas para los obreros huelguistas que en Málaga luchaban contra la casa Larios (lucha por la que Pablo Iglesias acabó en la cárcel); es decir, el hecho de que apareciese como quien dice en el centro mismo de la lucha, debe obligarnos a cuidarnos bien de juzgar la carta desde purismos absolutos entonces inconcebibles en España. Por lo demás, según se revela en el hecho de que Iglesias mismo animó a Unamuno a publicar en *Der Sozialistische Akademiker* no podemos pasar por alto el hecho de que, casi inmediatamente, Unamuno se convirtió en teórico de un partido que, según sabemos por su historia, y según palabras de Unamuno mismo que veremos más adelante, estaba *entonces* en "la corriente principal" del socialismo, es decir, en el marxismo.

El 6 de noviembre del 94 escribe Unamuno otra carta artículo, esta vez dirigida a *El grito del pueblo* de Alicante explicando su llegada al socialismo. Escribe también ahí que "hace años" que se dedicaba al estudio de las cuestiones económicas; a lo que añade que, por fin "convencido de la verdad e indignado a la vez por lo que veía (sobre todo en mi pueblo, Bilbao) continué socialista de convicción y sentimiento, pero alejado, sin embargo, del pueblo obrero, limitando mis proyectos a servirle de lejos, traduciendo trabajos socialistas y predicándolo en forma serena y científica en periódicos burgueses. Por fin se me ha curado esta ilusión... y he dado el paso último, habiéndolo pensado bien y madurado largo tiempo... es preciso descender a la arena". Casi para terminar explica que el socialismo no es lo que se predica "por ahí por ciertos charlatanes... sino el mismo derivado de la ciencia"... Palabras que parecen justificar nuestra interpretación de la evolución racionalista del joven filólogo.

Del artículo "Utopías" (2-12-94) merecen destacarse varias cosas. La primera, que cuando Unamuno afirma ahí que el movimiento socialista existe "en beneficio de la humanidad toda" proyecta su idea hacia el futuro, es decir, que no cree que los *hoy* privilegiados se beneficiarán del resultado de la lucha de clases, sino que desaparecerán. He aquí sus palabras: un día se verá, escribe, "que la lucha de clases produjo la creación de una sola, noble y digna, sobre la ruina de las castas de privilegio". "¡Utopías! dirá algún lector"; pero la verdadera utopía, explica, "es la del burgués" que cree "se ha de eternizar el estado de cosas presente, con leves variaciones a lo sumo, que las leyes económicas *inflexibles* que sin saberlo dedujeron los economistas, del estado de total ocupación del suelo, seguirán siendo las mismas, ignorando que si las cosas cambian según ley, las leyes mismas cambien". Palabras de impecable "ortodoxia" de las que pasa a explicar que si se dejase marchar de verdad libremente "el proceso económico, no retardándolo con medidas coercitivas y protec-

cionistas" sería inevitable la pronta llegada del socialismo (debido, según dirá más adelante, a las contradicciones internas del sistema); idea ésta que justifica apoyándose en "todos los escritores del socialismo científico" que "desde Marx hasta acá" han explicado cómo el proceso "natural e incoercible del régimen industrial moderno nos lleva al socialismo". A este proceso —en frase que subraya para que destaque su antiidealismo— lo llama Unamuno "marcha natural *de las cosas*". Ahora bien, como el burgués lucha "a la desesperada" —ya hemos visto que con proteccionismos, ejércitos, etc.— contra esa marcha de las cosas, "la principal misión del socialismo es pelear contra los que ponen trabas al progreso". Es decir, que el que Unamuno hable aquí de "marcha natural de las cosas" no debe inducirnos a creer que era en este momento de los que esperaban que el socialismo llegase sólo: está lo suficientemente inmerso en la "corriente principal" del socialismo, según la llamará más adelante, para saber que en el proceso mismo viene exigida la lucha.

En "La lucha por la vida" (10-2-95) ataca Unamuno la teoría y práctica de la "libre concurrencia" que, aunque por aquel entonces pretendía justificarse filosófica y científicamente con teorías de Darwin, no es, según Unamuno, más que la aplicación a la vida industrial —el lastre que ésta lleva— de una concepción guerrera de la vida. "Lucha, sí —escribe—, pero lucha de los hombres todos con la naturaleza". Vemos, pues, cómo se funden y cruzan en este artículo teorías de Spencer con una de las ideas básicas del socialismo científico. Y es ello aleccionador, porque se funden bien, por lo menos a este nivel de divulgación, y lo spenceriano no impide a Unamuno hablar contra el patriotismo —uno de sus temas centrales en esta época—, declarar que "lo más grande acaso del socialismo es ser internacional" y que el socialismo también lucha pero que "lucha por la paz" (lo que, de paso, le permite volver a insistir en su idea de "que no es socialismo buscar la lucha por la lucha...").

En un largo artículo publicado el 15 de febrero del 95 en *Der Sozialistische Akademiker*, "Introducción a algunas consideraciones sobre la educación burguesa", toca Unamuno por primera vez con cierta amplitud el que, junto a las cuestiones del patriotismo y el militarismo, será tema importantísimo de su época socialista: el de la deshumanización del hombre (y, claro está, de la cultura) bajo el capitalismo. Este gran tema —fundamental en Marx, y no sólo en los *Manuscritos* del 44— bien podría ser la contribución mayor de Unamuno al pensamiento socialista español de su tiempo. Ya lo hemos encontrado en enero del 94 en el artículo sobre la "Reforma de la ortografía en la sociedad burguesa"; aparece también en su carta de adhesión a *La lucha de clases* cuando atacó a la "educación viciosa y adulterada", "educación de casta" del "capitalismo burgués"; volveremos a encontrarlo aquí y allá en sus artículos de *La lucha de clases* y, muy especialmente, en otro largo artículo publicado en *Der Sozialistische Akademiker* el 15 de abril de 1895. Unamuno suele

enfrentarse con el tema por sus dos vertientes: atacando la educación y cultura clasistas que el mundo burgués ofrece orgullosamente como algo extraordinario, y analizando la incultura y deshumanización con la que la mayoría de los hombres pagan por esa cultura “enfermiza”, “de casta”, “chino-mandarinesca”. Así como, veremos, nos será imposible confundir el análisis que de la deshumanización hace este Unamuno con versiones idealistas, españolas o no, de la “deshumanización” (del arte, de la cultura, del hombre), no podemos confundir sus ataques al arte y a la cultura “mandarinescos” de su tiempo (el conocido antiesteticismo del primer Unamuno) con rechazos culturalistas (tanto tradicionalistas como progresistas) de ese arte y esa cultura en la España (o la Europa) de fin de siglo. El ataque de Unamuno es contundente y definitivo ya que, arrancando como arranca de la concepción del mundo del socialismo científico, va derecho a la base. He aquí por ejemplo, algunas palabras del artículo que nos ocupa: “Las ideas que la actual situación económica provoca, con su contradicción entre capital y trabajo, son miserables y enfermizas”; estas ideas, que son las de la casta dominante, han nacido “bajo el actual dominio del capitalismo”; son productos del “régimen capitalista burgués, con su lucha entre el capital y el trabajo”. Por un lado, el arte que en otro artículo llamará “de borrachos y morfinómanos”<sup>42</sup> (léase simbolismo y modernismo), por otro “la sabiduría oficial y académica”: ambos “tan en contradicción con la vida como el capital con el trabajo”.

El socialismo científico ha sido siempre una concepción del mundo —en el sentido en que Engels habla de concepción del mundo en el *Anti-Dühring*— y en cuanto tal nada es, o nada debe ser, extraño a sus análisis. Por ser las relaciones económicas la base histórica de las relaciones humanas, todo estudio debe tener en cuenta la historia de esas relaciones existentes en un momento dado en que quieran someterse a análisis los diversos componentes de la superestructura. Pero ha sido —y es todavía— tan grande la labor histórica por hacer, que son pocos, proporcionalmente, los estudiosos socialistas que han podido ocuparse no ya de cuestiones de cultura y de arte, sino incluso de teoría de la ciencia. Añádase —y esto, claro, es la raíz misma— el hecho de que teoría y praxis han de ir unidas, lo que implica, entre otras cosas, actividad política a diversos niveles, y resultará claro por qué, sobre todo a lo largo del XIX (¡y no digamos en la España del último cuarto de siglo!), la enorme mayoría de los escritores socialistas tratan casi exclusivamente de cuestiones políticas e histórico-económicas. Pero es evidente —o debería serlo— que no todos los socialistas son ni pueden ser igualmente capaces de participar a fondo en todas estas actividades. Más aún: no hay por qué suponer que todos han de tener igual interés por ellas. No porque el modelo genial lo haya

---

<sup>42</sup> “El valor absoluto del hombre y la enfermedad del siglo”, *Der Sozialische Akademiker*, 15 de abril de 1895.

sido casi todo y haya trabajado sobre múltiples aspectos de la concepción del mundo socialista hemos de esperar tan alta universalidad en todo socialista. Marx (o Marx-Engels) es el modelo y Unamuno, como los demás, lo ha de haber tenido presente: participará activamente en política al nivel local de Salamanca en 1896; estudia Historia y Economía política porque ha llegado a la conclusión de que ahí se encuentra la base, y en la propaganda socialista que hace a partir del 94 lo más de sus artículos, en efecto, va dedicado a cuestiones económicas. Pero eso es de cajón, es el fundamento en el interés por el cual todos los socialistas son iguales. Lo que distingue a Unamuno entre sus "correligionarios" es, entre otras cosas, su interés por el gran tema del socialismo como humanismo.

Así, pues, Unamuno humanista; pero no nos dejemos llevar a engaño por las versiones culturalistas de lo que es o ha de ser el humanismo: el humanismo de que aquí se trata es comprensible solamente desde la concepción del mundo del socialismo científico. Ni los krausistas, ni los tradicionalistas de fin de siglo, ni Ortega después —para no hablar sino de españoles— podrían haberse jamás enfrentado con el problema de la deshumanización con la radical sencillez del Unamuno socialista: lo que ocurre en el mundo de la educación, de la cultura y del arte, ocurre, nos dice, como consecuencia de las contradicciones internas del sistema capitalista. A lo que añadiré más adelante que la alienación que es la deshumanización resulta de la división del trabajo y de la transformación del valor de uso en valor de cambio. Volveremos sobre el tema.

Clara es también la filiación de Unamuno en esta época cuando trata de su otro gran tema: el patriotismo y la guerra. En "La patria", publicado en *La lucha de clases* el 10 de marzo del 95, explica que aunque "las diferencias de razas y pueblos son un hecho" y que "como tal hay que admitirlo y sacar de él el mayor partido posible", "el ideal socialista pone por encima de todo la fraternidad y solidaridad humanas" ya que el socialismo es "internacional". Frente a este internacionalismo la casta dominante insiste en hablar de patriotismo y del "terruño", pero "la patria no es el terruño; éste no es más que una condición de vida". "Así como se consuela a los que sufren aquí abajo con la esperanza de que han de gozar allí arriba, así se les consuela a los atados al terruño con la dulzura del hogar donde nacieron sus padres y la contemplación de los lugares de la infancia, etc. La cuestión es tener preso al siervo". Y la cuestión es también que el siervo sea carne de cañón: "¡Cuántos infelices han ido al nombre de la patria a morir defendiendo el predio del amo mismo que les esquilmbaba!". Porque lo que ocurre en verdad es que "los grandes ejércitos y armadas, las costosas organizaciones judiciales, las iglesias oficiales, todo ello son armas del capitalismo burgués". Ha de tenerse en cuenta que quien así escribe es un bilbaíno que ha encontrado una nueva "condición de vida" en Salamanca, fuera del terruño, y que desde ahí colabora en un periódico socialista de su ciudad natal cuyos directores y

mayoría de lectores son parte del proletariado industrial surgido del abandono del terruño (Castilla, Extremadura, Andalucía, en el caso de Bilbao): sometidas al análisis estas condiciones concretas resultan ser un ejemplo clásico de un fenómeno bien estudiado por el socialismo científico, por ejemplo por Engels en *La cuestión de la vivienda*.

Interesa detenerse ahora en "A propósito de los desenfrenos de la Común" (*La lucha de clases*, 17-3-95). Opone ahí Unamuno "los comunistas de convicción" (que aceptan "los medios como medios tan sólo", "como dolorosa necesidad") a "los lacayos del capitalismo (... sin más freno que el servilismo del temor)", que al verse sueltos no supieron sino desahogar contra sus amos un furor desnudo de todo fin racional". En la Común, contra la entrega de estos últimos "a la destrucción por la destrucción misma", "los comunistas de convicción tuvieron que servir de dique". Aunque esquemática y simplista, la explicación, porque en rigor se basa en la distinción fundamental entre proletariado consciente y "lumpen", ha de considerarse aceptable dentro de la ortodoxia de la que todavía, a un mes de la reanudación de la correspondencia con Múgica, no vemos seria desviación alguna.

Pero ya la semana siguiente, el 24 de marzo del 95, en el artículo "La difusión del socialismo", publicado en *La lucha de clases*, tropezamos con la primera dificultad seria en la trayectoria de este socialismo, por lo demás al parecer tan "sin disfraz ni vacuna". Se burla ahí Unamuno de los que "todavía" "estudian el socialismo contemporáneo en Proudhon" ("simplezas de esas que dan materia a Castelar para lucir su inconmensurable ignorancia en todo lo que a la cuestión social se refiere"), explica por qué importan los análisis que Ricardo y Stuart Mill hicieron de la cuestión de "la apropiación de la tierra" ("iniquidad radical y de origen [en que] se basa el régimen económico actual... pues... ha permitido la acaparación de todos los demás medios de producción") e indica cómo "Carlos Marx, discípulo de la escuela manchesteriana, no hizo más que acabar el sistema, criticar sus *axiomas*, sus *postulados*, lo que daban por indemostrable los maestros, aquello de donde partían". De donde deduce que "aceptando toda la sólida ciencia de Smith, del gran Ricardo, de Mill, y concluyéndola, no deteniéndose como ante el misterio en la ley de la renta, o de la oferta y el pedido, u otra de ellas, se llega al socialismo. El socialismo científico es el verdadero representante y sucesor de la gloriosa ciencia económica de lo que se llama la escuela ortodoxa".

No cabe duda que, a diferencia de aquellos principios de 1892, está ahora Unamuno bien informado. Pero cuando nos preparamos para seguir escuchando la ortodoxa explicación, nos encontramos con que, aunque Unamuno expresa satisfacción porque "el socialismo se difunde", encuentra que "en España tropieza con un gran mal y es el espíritu de dogmatismo que nos infesta... Aquí se cree... que las doctrinas son como el dogma católico, invariables y categóricas... Si se trata de marxismo lo con-

fundimos con la *letra* de Marx, sin que quepa en la cabeza que haya alguien más marxista que Marx en tal o cual punto, que corrija con el alma de su doctrina errores en que él incurrió. Precisamente el más grande continuador de la obra de Marx, el profundísimo economista italiano Loria rechaza en gran parte y refuta la teoría del valor de Marx y llega a las mismas conclusiones que éste". Estamos a dos meses justos de la carta a Múgica ya comentada en la que Unamuno se queja de los "fanáticos necios de Marx": aquí, como ya lo hemos hecho a propósito de aquellas palabras, conviene notar que la crítica no es contra Marx sino contra sus "fanáticos". Tema siempre candente en la historia del marxismo —puesto que ciencia no es dogma y no toda revisión tendría por qué llevar al "re-visionismo"— sobre el cual lo poco que podríamos aquí decir sería insignificante, fragmentario y, por lo tanto, inevitablemente errado. Conformémonos, pues, con llamar la atención sobre el problema que aquí se plantea (a los seis meses de la adhesión de Unamuno al "socialismo limpio y puro"), sobre la validez teórica del planteamiento de Unamuno (aunque se apoye en los términos "letra" y "alma"), y sobre el hecho de que Unamuno polemiza como quien se encuentra *dentro* del marxismo. Pero hemos de notar también que *no* era Loria "el más grande continuador de la obra de Marx". Estas palabras, pues, nos ponen ya sobre aviso para que podamos entender más adelante la clara y definitiva desviación de la ortodoxia (tanto de "letra" como de "alma") que ha de llevar a Unamuno en pocos meses al más evidente reformismo.

A este artículo sigue siete días después uno sobre "El militarismo" (31-3-95) en que no encontramos nada nuevo sobre el tema. Es de gran importancia, sin embargo, el artículo publicado el 15 de abril del mismo año en *Der Sozialistische Akademiker* bajo el título de "El valor absoluto del hombre y la enfermedad del siglo". Con gran amplitud trata aquí de nuevo de la deshumanización y lo que ya hemos dicho a propósito de "Introducción a algunas consideraciones sobre la educación burguesa" puede aplicarse a este artículo que será algún día fundamental para entender ciertos conceptos claves de todo el pensamiento de Unamuno. La enfermedad del siglo, dice Unamuno —y abreviamos para no repetir lo ya adelantado sobre el asunto— "surge del proceso capitalista, donde una vida no es sino un mero medio de mantenimiento de los otros". "En realidad se debe esperar del ideal socialista la regeneración moral, la libertad de la vida, del arte, de la cultura, el vivificador y fructífero sentimiento de la dignidad humana, un sentimiento basado en el reconocimiento y aprecio del valor absoluto del hombre..."

Aquí, según sabemos por carta a Múgica de diciembre del 95 (cf. *supra*, pp. 26-27, "yo no he escrito en *La lucha de clases* nada desde abril hasta principios de octubre") hace Unamuno una pausa de seis o siete meses en su colaboración en *La lucha de clases*, resultado seguramente de su reacción contra las acusaciones de "místico" que por estas fechas,



según hemos visto, le hacen los “fanáticos necios de Marx”. Es quizás significativo que al suspender su trabajo para el semanario socialista reanude la correspondencia con Múgica. Gracias a esa correspondencia sabemos que, sin embargo, a partir de octubre vuelve aún con mayores fuerzas a *La lucha de clases* (“en cambio desde primeros de octubre... son míos todos los fondos, hago yo sólo cerca de la mitad del periódico”, cf. *supra*, p. 27). Al principio de esta renovada colaboración no encontramos que Unamuno se haya desviado mayormente de sus posiciones anteriores.

Así, en el artículo en tres partes sobre “Las crisis industriales” que publica en noviembre y diciembre del 95, tomando en cuenta el nivel de divulgación al que están escritos, todo es aceptable dentro de las líneas generales del análisis marxista de tales crisis puesto que, en resumen, viene Unamuno a decir que las causas de tales “ataques periódicos de epilepsia de la agonizante organización económica” radican en “la semi-anárquica concurrencia”, esa concurrencia —explica— gracias a la cual se han creado las condiciones necesarias para el socialismo y que tuvo su razón de ser en su día, pero que hoy, en la práctica del monopolio, rechazan hasta los mismos capitalistas más avanzados.

Es de gran interés según nos acercamos al final de 1895 el largo artículo sobre “Las fuerzas motrices del movimiento socialista” (*Der Sozialistische Akademiker*, 15-12-95). Sostiene ahí Unamuno que de mayor importancia que *El Capital* (“la enseña de la corriente principal de las fuerzas combatientes”) como motor primario del socialismo es el *Manifiesto Comunista*, “el grito que Carlos Marx y Engels lanzaron” en él: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”; porque “de la unión de los trabajadores [tanto al nivel local como al internacional] ante el enemigo común, de la conjunción de sus fuerzas en la lucha por lo que no se tiene, nacerá la doctrina emancipadora”. “Por supuesto —añade— que las teorías económicas son de una extraordinaria significación e imprescindible necesidad” y “es necesario e imperativo para la *intelligenza* dedicar sus esfuerzos intelectuales al estudio objetivo de la situación del pueblo y de los procesos económicos, a estudiar objetivamente el problema del trabajo”. Pero es “jacobinismo” teórico y táctico exigir un “juramento” a principios rígidos de todo grupo en busca de unión (es decir: todo grupo que tenga ya cierta conciencia de quien es el enemigo común) y que quiera acercarse al movimiento. Puesto que “las huestes son las que crean el pendón, no el pendón las huestes”, la táctica ha de ser la contraria: ayudar a toda unión de grupos según sus necesidades particulares, siempre que —claro está— esa unión sea “independiente” de y contraria a la del “enemigo común”, ya que “la mera asociación de los despojados significa el principio del final del despojo”. A partir de estas asociaciones —creadas al nivel de la más elemental conciencia de clase, en situaciones siempre particulares y concretas—, asociaciones que no tienen por qué incorporar-

se desde el principio a la Internacional y a las que, por lo tanto, no ha de exigírseles al principio el “jacobino” “juramento”, podrá —deberá— la *intelligenza* socialista iniciar sus planteamientos teóricos (la politización, que diríamos hoy); es decir: podrá y deberá ayudar “en el parto de la idea socialista”. Esto no se logrará, insiste Unamuno, acercándose a los “despojados” con “teologías económicas” basadas en el estudio objetivo “de los procesos económicos”, sino yendo “también” —y primero— al pueblo “subjetivamente”, es decir, introduciéndose “en el alma del pueblo”, oyendo “sus quejas”, preguntando “lo que desea, lo que necesita”. “La *intelligenza* socialista debe, sin abandonar el estudio objetivo del problema, chapuzarse algo más en el pueblo, ganar contacto con él, y entonces, con derecho, preguntarse cómo debe revelarse al pueblo la idea socialista”. En conclusión: “Sólo del íntimo enlace de la *intelligenza* socialista con todo el proletariado puede desarrollarse la idea socialista, el ideal de la humanidad. El pueblo sin la *intelligenza* viviría en una más o menos profunda oscuridad que entorpecería su liberación, sin haber adquirido plena conciencia de su meta. La *intelligenza* socialista, al no enlazarse estrechamente con el pueblo, caería en un intelectualismo conducente a un jacobinismo suicida”.

Nos hemos extendido en citas de este artículo porque nos parece uno de los más importantes de todo el período socialista de Unamuno. En primer lugar porque trata de una cuestión siempre fundamental en los planteamientos tácticos del socialismo, cuestión que hoy vuelve a surgir de manera quizás decisiva (acercamiento “al pueblo”, “a lo que necesita”, para ayudar “al parto de la idea socialista”, según Fanon, según Malcolm X, según Fidel, y en toda teoría dialéctica de las guerras —y guerrillas— de liberación nacional, con los conflictos que esto plantea frente a la “*intelligenza*” del partido revolucionario establecido; teoría de la unión *independiente* de todas las fuerzas contrarias a un sistema retrógrado, sin que se pretenda imponer, por lo menos de entrada, “juramento” ninguno desde los principios de “la corriente principal de las fuerzas combatientes”, etc.). Importaba también detenerse aquí en citas directas porque el artículo contiene suficientes palabras y frases (por ejemplo: *teología económica*; “jacobinismo” que considera a “los combatientes” como *cifras sin alma*; *subjetivamente*: “el proletariado... necesita más la unión y la pasión que la doctrina”; *alma del pueblo*: “penetrar en su espíritu”, etc.) que a más de un lector pueden parecer sospechosas de falta de compenetración con esa “corriente principal” dentro de la cual, en nuestra opinión, sigue aquí todavía inscrito Unamuno. No negaremos que estas y otras palabras y frases sueltas del artículo (que, por cierto, más de una vez nos recuerdan pasajes claves de *En torno al casticismo*, escrito entre febrero y junio del 95) llevan ese lastre terminológico al que ya hemos aludido a propósito de la frase “religión de la humanidad”. Reconozcamos, inclusive, que alguna vez creemos percibir aquí el tufillo idealista (“en cuanto

se unen, nace en ellos el espíritu de la comunidad, se construye la conciencia colectiva"; "la idea socialista no es sino la revelación de la conciencia socialista"). Pero, en el fondo, quien a estos fragmentos atienda lo hará porque va sobreavisado; porque sabe que Unamuno dejó pronto de ser socialista (nosotros añadiríamos incluso que por estas fechas precisamente va a empezar a revelarse su reformismo utopista) para lanzarse, precisamente, por la vía de las preocupaciones religiosas en andas del subjetivismo antiintelectualista. Pero, aparte de que también en frases sueltas es claro en estas páginas el antiintelectualismo de Unamuno, el hecho fundamental es que la tesis del artículo revela una muy seria penetración con cuestiones básicas y que es una tesis que ha sido y sigue siendo de un gran valor revolucionario objetivo. Nos atreveríamos a decir que, quizás paradójicamente, aquí donde el muy alerta conocedor de Unamuno y del marxismo podría encontrar la expresión más sutil de una tendencia ya desviacionista, encontramos también la más profunda y polémica ortodoxia revolucionaria del Unamuno socialista. Diremos más aún: que de no saber que este artículo había sido escrito por Unamuno, el historiador del pensamiento político español del siglo XIX tendría que reconocer en sus páginas una de las expresiones teóricas más importantes de un socialismo polémica y vitalmente encauzado en "la corriente principal de las fuerzas combatientes". Y, desde luego, no hay en "La fuerza motriz del movimiento socialista" ni la menor huella de "socialismos" ya entonces superados (Proudhon, por ejemplo).

Más claros pueden aparecer los síntomas de alejamiento de la "corriente central" en "El fondo del socialismo", publicado 13 días después en *La lucha de clases* (28-12-95). Escribe ahí Unamuno, por ejemplo, que "el socialismo es el verdadero liberalismo y el verdadero cristianismo también", palabras que dan y quitan al socialismo y al cristianismo lo que ni el uno ni el otro necesitan que se les dé y se les quite. Pero no anda del todo perdido nuestro joven catedrático de griego cuando escribe que "el socialismo es mucho más que un movimiento económico. Sus raíces son económicas, pero su sustancia abarca todas las esferas sociales y a todas se extiende su influjo, es religioso, artístico, moral". En efecto, debido a la "interacción" —de que hablaba Engels— entre la base y la superestructura, la realidad económica abarca "todas las esferas sociales"; y todas las esferas, por lo tanto, debe abarcar el socialismo que es, en el sentido de Engels, una "concepción del mundo".

Perfectamente aceptables desde el punto de vista de "la corriente principal" del socialismo han de haber parecido también a sus lectores de entonces los dos artículos sobre "La utilidad y el valor" (*La lucha de clases*, 11-1-96 y 18-1-96) en los que Unamuno distingue de manera perfectamente ortodoxa entre valor de uso y valor de cambio.

Igualmente justo es también —el mismo 18 de enero del 96— el artículo sobre "Educación y herencia económica" en que Unamuno repite

los conceptos básicos de “la reforma de la ortografía en la sociedad burguesa” (enero del 94), de la “Introducción a algunas consideraciones sobre la educación burguesa” (febrero del 95) y de “El valor absoluto del hombre y la enfermedad del siglo” (abril del 95), para terminar con estas palabras cuyo blanco —no lo dudemos— eran los regeneracionistas culturalistas, los pedagogos liberales de entonces: “No hay que darle vueltas, mientras no sustituya al gobierno de los hombres el gobierno de las cosas [persiste la visión científica del mundo]; mientras no sea colectivo y social lo que lo es en su origen y esencia...; mientras no se reduzcan las diferencias sociales entre hombre y hombre a la medida de las diferencias naturales... mediante la socialización de los medios de producción y la supresión de la actual herencia; mientras no vivifique a la sociedad el ideal socialista... importará un camino a los pueblos los problemas pedagógicos...”.

En verdad, Unamuno se mantiene en “la corriente principal” todavía durante varios meses. Hasta el 31 de octubre de 1896, fecha en que aparece en *La lucha de clases* firmado con iniciales su artículo “Signo de vida”, no es en absoluto clara *ante el público* la ruptura con ciertos principios básicos del socialismo científico, ruptura que la lectura de la correspondencia con Múgica desde mediados del 95 nos hace ya sospechar como inevitable. En los largos meses que van desde el 1 de febrero de 1896 hasta ese 31 de octubre, encontramos que Unamuno insiste sobre temas fundamentales de manera que no podía resultar sino aceptable a los directores del semanario bilbaíno y a los “sectarios” “fanáticos de Marx” dirigentes del Partido socialista. Así, por ejemplo, escribe contra el “arte de escogidos, de refinados, de iniciados, de *aristócratas*” que “no es arte”, y declara que ese arte desaparecerá cuando desaparezca “la propiedad individual de los medios de producción” porque “mientras haya un hombre que languidezca de hambre, ninguna naturaleza, hondamente penetrada del alma de la belleza, puede gozar en plenitud de ésta” (Socialismo y arte”, *La lucha de clases*, 1-2-96); machaca sobre la necesidad de estudiar economía, atendiendo a su historia (“El verdadero individualismo”, 7-3-96; “Hueso, hueso, hueso”, 9-5-96; “Experiencias utópicas”, 8-8-96; todos en *La lucha de clases*) porque el socialismo es una “concepción económico-política” (“Protestantismo y democracia”, 16-5-96)<sup>43</sup>; habla de la importancia de las asociaciones de producción (“El verdadero individualismo”, 7-5-96); insiste en la importancia que, por diversas razones, tiene la lucha por más altos salarios (“Salarios elevados”, 25-4-96; “Salario mínimo”, 9-5-96; “Hiperproducción”, 1-8-96; todos en *La lucha*

<sup>43</sup> “Una vez más —dice, por ejemplo, en “Hueso, hueso, hueso”— y no será la última ni mucho menos, una vez más debemos aconsejar a aquellos que se sientan inclinados a estudiar el problema económico social que nutran, ante todo, su mente de fosfatos fomentadores de hueso, queremos decir de ciencia económica, seca, escueta”.

de clases) recordando que “Carlos Marx ha ilustrado bien este punto” (“Salario mínimo”); nos recuerda también, una vez más, a propósito de Cuba, la relación entre la guerra y la economía capitalista (“Paz y trabajo”, 1 de mayo de 1896, *La lucha de clases*); toca el tema de la relación entre los descubrimientos científicos y su aplicación impuesta por “el interés económico” (“Progreso maquinista”, 20-6-96, *La lucha de clases*); ataca con buenas y ortodoxas razones las utopías socialistas —“que nada tienen que ver con el socialismo serio”—, la de Owen, por ejemplo, la de Chavief (“Experiencias utópicas”, 8-8-96, *La lucha de clases*); e incluso, cosa notable entre socialistas españoles de su época, se plantea en *Der Sozialistische Akademiker* (“La primera condición para un trabajo verdaderamente libre”, julio de 1896) el problema del trabajo alienado. El planteamiento y la solución que ofrece, indiscutiblemente marxistas, enlazan con el que hemos calificado de gran tema del Unamuno socialista: socialismo como humanismo. Arranca el artículo refiriéndose a la división del trabajo que, porque no se hace con la idea “de que depende del todo, y que está subordinado a éste”, disminuye la “conciencia humana” del trabajador. “La vida moderna —explica Unamuno— produce una dolorosa aflicción, es la amarga conciencia que tienen muchos obreros de la falta de meta, de la insignificancia de su trabajo, de lo innecesario que ellos mismos se sienten”; pero a diferencia de tantos que, aún hoy, se conforman con hablar de “vida moderna” (o “sociedad industrial”), Unamuno da un paso más y pone en seguida el dedo en la llaga: puesto que esa sociedad moderna es la sociedad capitalista, de “la dolorosa aflicción” es responsable “la empresa capitalista [que] ha logrado una siniestra polarización en el principio del trabajo humano. Por una parte ha hecho al trabajador inconsciente, rebajando al esclavo a la penosa caza del jornal, por otra al deportivismo, al placer sin seriedad, sin ideal”. “El fin ideal de la educación socialista, la meta de la educación socialista” ha de ser “el que cada trabajador tenga conciencia de su posición y su dignidad”; pero claro está que ello no ha de ocurrir sin la previa destrucción de las actuales relaciones de producción.

Sin embargo, durante estos mismos meses pueden observarse cada vez con mayor claridad ciertas desviaciones en potencia que acabarán por llevar a su ruptura con *La lucha de clases* y con el Partido socialista. Dos temas nos anuncian ya la próxima ruptura: el de la relación entre socialismo y religiosidad y el tema que podemos llamar socialismo-purificador de odios” o “socialismo como redención para todos”.

Surge el primer tema en el artículo titulado “Claro” (*La lucha de clases*, 29-2-96). Pretende Unamuno demostrar ahí que “decir que el socialismo no admite a Dios, es como decir que la química no admite la espiritualidad del alma, o cosa parecida”. “El socialismo... se reduce a la socialización de los medios de producción, a hacer que sean colectivos los medios de producción, con las consecuencias todas de tal obra”; lo

que no está mal, salvo que escabulle el problema del materialismo de la línea verdaderamente "científica" de la "corriente principal". O, mejor dicho, pospone el planteamiento del problema: "Nosotros somos más modestos... Dejando en paz la creencia en Dios y sin meternos en camisa de once varas ni a inquirir si es o no inmortal el alma o si hay o no otra vida después de ésta, nos limitamos a señalar como una consecuencia lógica, necesaria y forzosa del actual régimen económico-social y del proceso industrial y mercantil, el advenimiento del colectivismo y a ver en él la emancipación económica y social de la humanidad". Termina el artículo diciendo que el "que haya socialistas que no creen en Dios ni el diablo, es lo más natural del mundo; como que haya socialistas que en ellos creen, porque la doctrina socialista no llega a esas alturas que se salen del proceso fenoménico" lo cual no deja de ser una curiosa versión del rechazo socialista de toda metafísica (en rigor, es la versión positivista de tal rechazo).

Vuelve sobre el tema en "Protestantismo y democracia" (*La lucha de clases*, 16-5-96) diciendo esta vez que "al socialismo como concepción económico-política se va lo mismo desde el campo católico que desde el campo racionalista... Hablar de socialismo anti-religioso es lo mismo que hablar de geometría católica o termo-dinámica democrática". Explicación que, de nuevo, parece soslayar el verdadero problema, quizás porque Unamuno esconde algo que quisiera decir sin atreverse a ello.

Más clara es aún su desviación en el tratamiento del tema "socialismo-purificación del odio" (o "redención para todos"). Ya antes (cf. *supra*, pp. 38-39) hemos visto cómo Unamuno explicaba que un día se verá que el socialismo fue en beneficio de todos: esta proyección hacia el futuro excluía de los beneficios a la clase dominante que hoy se opone al socialismo. El tema reaparece, pero ya desfigurado, en "El verdadero individualismo" (*La lucha de clases*, 7-5-96). "El socialismo se viene solo —escribe ahora—, la labor de los hombres es facilitarle el camino, en provecho de todos"; idea que si parece no ser sino un eco de la anteriormente comentada apunta ya a la tesis de otro artículo publicado el mismo día, "Terror del infierno", donde escribe ahora que "el socialismo trata tanto de redimir al rico de su riqueza como de su pobreza al pobre", palabras de neta estirpe religiosa idealista que, veremos, van a llevar a Unamuno muy lejos de "la corriente principal" del socialismo. Por lo pronto, en "Purificación del odio" (*La lucha de clases*, 1 de mayo del 96) escribe lo siguiente: "uno de los más poderosos efectos morales que el socialismo produce en las masas obreras es la purificación de su naturalísimo odio al que les explota. El socialismo enseña al pueblo que... al obrar como obran [los patronos] son instrumentos y juguete del proceso económico", que "los defectos y faltas todas de la burguesía" son "imputables a la constitución económico-social": idea ésta que, sin lugar a dudas, podemos calificar de "heterodoxa" puesto que había sido ya atacada por Marx en la

importante “Carta circular” a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros<sup>4</sup>, donde el sarcasmo de Marx se agudiza al recordar que hay quien pide a los socialistas que tengan compasión de los pobres burgueses: *precisamente lo que Unamuno llegará a decir que debe hacerse*, porque, explica, si algo es el socialismo “es una gran marea de caridad” (“Caridad en el progreso”, 20-8-96). Idea inseparable de la de que —según dice tres semanas antes— el socialismo “quiere el bien de todos, que es para todos..., que con él han de ganar tanto los actuales capitalistas como los asalariados... que hay que redimir de su pobreza al pobre y de su falsa riqueza al rico” (“Después de la victoria del socialismo”, 1-8-96). Esta doctrina queda definitivamente expresada con toda claridad, precisamente en este mes de agosto, en tres artículos polémicamente titulados: “Fe en el progreso”, “Esperanza en el progreso” y “Caridad en el progreso” (*La lucha de clases*, 15, 22 y 29 de agosto del 96). De los tres el más claro es el ya comentado sobre la “caridad” que deben practicar los obreros socialistas una vez purificado su “naturalísimo” odio.

Tras la expresión de tan peregrinas ideas (con las cuales seguramente quería corregir las “groserías” socialistas), el paso decisivo que acabará por llevarle a la ruptura con “la corriente principal” lo da Unamuno con el artículo “Signo de vida”, publicado en *La lucha de clases* el 31 de octubre de 1896, que aparece firmado con sus iniciales, procedimiento éste por medio del cual la dirección del semanario indicaba que el colaborador estaba fuera de la ortodoxia necesariamente anónima y que, por lo tanto, no se hacía responsable de la tesis ahí defendida. El artículo va dirigido contra el dogmatismo de lo que ahora llama “la gran corriente socialista” y predica en él Unamuno que el “mayor signo de vida” del socialismo “es la variedad de formas que adopta”, “permitiendo” que cada cual lo “entienda a su manera”. “Lo importante es que lo *sienta*, porque el sentir es lo que une y asocia a los hombres... Las ideas no hacen más que separarlos”. A lo que añade palabras que para *La lucha de clases* tenían que parecer la puntilla: “Socialistas colectivistas; libertarios; socialistas anarquistas; socialistas cristianos, evangélicos, católicos; *trade-unionistas*, societarios, etc., etc. Cuantos más, mejor...”. Esta lista de socialismos, escogida polémicamente por quien revela en su selección que sabe de sobra cuáles son los “socialismos” que rechaza el marxismo (y que él mismo rechazaba, junto con el anarquismo, en su carta de adhesión de octubre del 94), no puede sino haber confirmado para los que, según le escribía a Múgica (cf. *supra*, p. 23), le acusaban de “místico” e “idealista”, lo que quedaba bien claro en su tesis sobre “el sentir”: que Unamuno se había lanzado ya por la vía de un irracionalismo de corte religioso (fe, esperanza y caridad) que poco tenía que ver con “la corriente principal de las

<sup>4</sup> *Op. cit.*, *supra* nota 40, pp. 481-482.

fuerzas combatientes”; es decir, con el socialismo de corte fundamentalmente marxista que caracterizaba al Partido socialista español de aquellos años.

Que Valentín Hernández acertó al poner iniciales a este artículo resulta evidente en la lectura de los que le siguen (publicados por tolerancia y respeto hacia quien tanto de su esfuerzo había dado al semanario). En “Idealismo”, por ejemplo (7-11-96) vuelve Unamuno a la carga contra los que creen que “fuera de su iglesia no hay solución” y defiende la superioridad del “sentir” sobre el “saber definir”, ¡citando al “autor de *La imitación de Cristo*”! En “Realismo” (14-11-96) insiste en que “la realidad, la verdadera realidad, es más sentida que concebida”: extrañas palabras de parte de quien tanto había escrito sobre la necesidad de estudiar los procesos económicos<sup>45</sup>. Que estamos, en efecto, ya muy cerca del Unamuno más conocido, del que nunca podríamos asociar con el socialismo, nos lo revelan las siguientes palabras (donde es obvia ya la influencia de Carlyle y tal vez de Bergson): “Las fórmulas todas científicas no son más que abstracciones, los hechos vivos y concretos son informulables en su totalidad y en la infinita trama que los integra”.

No puede engañarnos sobre el significado de estos artículos el que Unamuno parezca volver en ellos a la idea ya comentada acerca de la importancia de la frase final del *Manifiesto*, de la cual acaba por deducir que era fundamental llegar al pueblo “subjetivamente” para, en seguida, poder enseñarle la teoría con la que se ha de ayudar “al parto del socialismo”. Ya aquí le *basta* a Unamuno la comunión irracional y, al parecer, toda razón, y todo análisis son inútiles para la praxis.

Hemos de recordar que estamos a finales de 1896, en los meses en que se estaba gestando la crisis “religiosa” que estallaría en marzo del 97. De aquí en adelante disminuye notablemente el volumen de sus colaboraciones a *La lucha de clases* hasta llegar a quizás sólo tres artículos en abril del 97, alguno suelto en el 98 y 99, y luego ya sólo las rutinarias colaboraciones especiales de los días primero de mayo<sup>46</sup>. Ahora que, según sabemos por cartas ya citadas a Múgica y Arzadun, Unamuno leía seriamente *Das Kapital* (quizás por primera vez en alemán) y que se declaraba todavía socialista, se encuentra ya muy lejos de “la corriente principal” y en vía de alejarse de *todo* socialismo que pueda seriamente llamarse socialismo. A esta conclusión llegábamos ya en nuestro primer artículo sobre el asunto y la confirmábamos, con análisis que no hemos de repetir aquí, en la lectura de artículos publicados a lo largo de 1896 en revistas

<sup>45</sup> Curándose en salud escribe ahí mismo: “Creemos poder recalcar en estos conceptos precisamente por ser de los que más hemos pedido hueso, hueso y hueso, doctrina de economía, ciencia y menos declamación”.

<sup>46</sup> Véase la bibliografía que ofrece Pérez de la Dehesa al final de su citado libro sobre *El primer Unamuno*.



muy ajenas a *La lucha de clases*<sup>47</sup>. Es notable que, con mucha mayor lucidez que quienes en Nimega criticaron de palabra nuestra “dogmática” interpretación de lo que es y ha sido siempre “la corriente principal” del socialismo, Unamuno entendiérase perfectamente qué era lo que le había ocurrido: recomendamos la lectura de “Trabajo purificador”, artículo publicado con firma en *La lucha de clases* del 1 de mayo de 1903 y reproducido ahora en la antología de Pérez de la Dehesa. Declara ahí Unamuno que lo mejor de sus mocedades de escritor fueron los artículos anónimos que dio a *La lucha de clases*; que ahora vive “chapoteando a gusto” en el *vanidad de vanidades* que es la busca de la fama y gloria personales, la busca del re-nombre, y se duele, con nostálgico dolor, de que si antes *La lucha de clases* quería su “espíritu sin firma” (es decir: su pensamiento socialista), le pide ahora “la firma, aunque el espíritu se amengüe”, es decir, *aunque no sea ya socialista*. Para 1903 empezaba ya Unamuno a ser figura literaria de gran prestigio; no les venía mal su firma a los de “la corriente principal de las fuerzas combatientes” aunque esta firma no llevase ya implícita más que una asociación sentimental, subjetiva, con la voluntad revolucionaria. Como sabemos de sobra, llegará un momento en que el egoísmo subjetivista ahogará hasta el nostálgico recuerdo y Unamuno será ferozmente individualista y antisocialista.

## CONCLUSION

Deben haber quedado en claro ciertas cosas:

1. Que se encuentran en Unamuno huellas de una preocupación social desde, por lo menos, 1890;
2. que en 1892 llama ya a los socialistas correligionarios suyos y dice hacer propaganda socialista —que ha de haber sido muy elemental— desde un periódico de Salamanca;
3. que cuando en la carta de octubre de 1894 a *La lucha de clases* dice llevar algún tiempo dedicado al estudio de la economía política del capitalismo y del socialismo, podemos creerle y remontar hasta por lo menos 1892 el origen de esos estudios;
4. que esta carta declara su adhesión al marxismo por lo menos en cuanto que expresa la convicción de que el marxismo es, según dirá más adelante, “la corriente principal” del socialismo;

<sup>47</sup> Cf. pp. 173-176 de nuestro artículo citado.

5. que tanto esta carta como artículos posteriores revelan una voluntad de aplicación de ciertas ideas marxistas básicas para el estudio de la historia, de la economía y de la cultura;

6. que cuando Unamuno entra en esta etapa de "socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna" suspende su correspondencia con Múgica, de modo que lo que en esta correspondencia dice de (o contra) Marx no puede aplicarse al momento crucial de su aceptación del pensamiento de esa "corriente principal". Por lo demás, ese momento bien puede haberse iniciado no sólo antes de octubre del 94, sino incluso antes de abril del mismo año (fecha en que suspende la correspondencia con Múgica); y quizás deberíamos atrevernos a remontarlo hasta enero del 94, cuando publica el artículo sobre "La reforma de la ortografía en la sociedad burguesa";

7. que cuando en mayo de 1895 vuelve a escribirse con Múgica y ataca a los "fanáticos necios de Marx" (que no a Marx) ello coincide con un largo "bache" (de abril a octubre del 95) durante el cual no envía nada a *La lucha de clases*. Al principio de ese "bache" escribe y publica los cinco ensayos de *En torno al casticismo*<sup>48</sup> y durante él le escribe a Clarín las cosas no del todo explicables que le escribe;

8. que cuando vuelve a publicar en *La lucha de clases*, a partir de octubre del 95, podemos ya encontrar huellas de un muy probable reformismo, lo cual no es de extrañar pues según ha indicado a Múgica quisiera cambiar el "tono" del semanario socialista. Sin embargo, es dominante aún el apego a ciertas ideas marxistas fundamentales, con las cuales no rompe definitivamente hasta "Signo de vida" (31-10-96). En nuestros comentarios a los artículos del 96 se habrá notado que hemos cruzado fechas y temas: con ello hemos intentado que se vea cómo a lo largo de ese año van juntas la visión fundamentalmente marxista y las primicias de las "desviaciones";

9. que ya a partir de octubre del 96 no puede hablarse con rigor ninguno de un pensamiento de Unamuno "principalmente" marxista. Y a partir de 1897, desde luego, según su propia definición de lo que es el "socialismo limpio y puro", no deberíamos ni siquiera hablar vagamente de su socialismo. A menos, claro está, que estemos dispuestos a llamar "socialismo" a cualquier impulso o tendencia irracional de buena voluntad que pretenda resolver la "cuestión social" para bien de todos, sin hacer daño a nadie con el fin de salvar el "espíritu" de los hombres que han de unirse en "el sentir", etc...

---

<sup>48</sup> *En torno al casticismo* se publica en febrero, marzo, abril, mayo y junio de 1895.

Con lo que volvemos, en parte, a la conclusión central de nuestro artículo de la *Revista de Occidente*: que tras una evolución hacia el socialismo científico —comprensible dentro de su racionalismo de juventud— abandona Unamuno la filosofía oficial (de los liberales) que a ese socialismo le había llevado (Kant, Hegel) para llegar a una concepción del mundo tan marxista, por lo menos, como la de los otros marxistas españoles de entonces. Este “marxismo”, teñido de ideas de Spencer, le dura por lo menos dos años y medio (a fijarse entre los casi tres años que van de enero del 94 a octubre del 96). Todo lo cual —insistimos, sin entrar en detalles, en lo dicho en nuestro anterior artículo— es de gran importancia para entender no sólo el pensamiento de Unamuno, sino el de una España del siglo XIX cuya realidad y aspiraciones se nos habían quedado olvidadas hasta hace muy poco tiempo.

En esta nueva —y por nuestra parte, última— investigación del problema del socialismo de Unamuno queda sin responder la objeción tal vez más seria que unos y otros han ofrecido al libro de Pérez de la Dehesa y a nuestro anterior artículo: que por más que no se pueda ya dudar de la participación activa de Unamuno en la historia del socialismo español anterior a la fecha en que ese socialismo abandonó los principios fundamentales del marxismo, e incluso si reconocemos que Unamuno quiso durante un tiempo explicarse la realidad desde la perspectiva de la “concepción del mundo” marxista, no puede haber sido muy auténtica esa voluntad puesto que duró tan poco tiempo y acabó Unamuno revolviéndose violentamente contra ella poco después de una crisis “religiosa”<sup>49</sup>. Espinosísima cuestión sobre la cual apenas diremos que entrar a discutir el concepto de “autenticidad” nos llevaría por difíciles vericuetos del psicologismo en el que habría que tomar en cuenta, por ejemplo, hipótesis como la siguiente: que por firme que crea ser la razón en sus convicciones cabe siempre la posibilidad de que la salida a flote de tendencias atávicas derrumbe sus más firmes adquisiciones, sobre todo en un contexto histórico-biográfico como el de Unamuno y la España de su tiempo. Nuestro único hecho es, pues, que *objetivamente*, frente a los cuatro o cinco mil lectores que llegó en su tiempo a tener *La lucha de clases*, Unamuno cumplió una importante función de propaganda y divulgación de un socialismo de tipo marxista durante dos años y pico de su vida y de la de España, perteneciendo, además, al único Partido revolucionario español entonces afiliado a la Internacional; y que un buen

---

<sup>49</sup> Cfr. el libro de ELÍAS DÍAZ: *Unamuno, pensamiento político*, Madrid 1965, en el que resulta clarísimo que después del 1900 Unamuno tiende al individualismo político más reaccionario.

día, tras una lenta maduración de su personal angustia religiosa, relacionada sin duda con el problema de la enfermedad mortal de su hijo, lo tiró todo por la borda para acabar entregándose a la representación de un papel *objetivamente* contrario a toda concepción científica de la Historia, papel éste último con el que se hizo su leyenda en la Historia <sup>50</sup>.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

*Universidad de California  
La Jolla, California*

---

<sup>50</sup> "Representación" y "leyenda" son, como se sabe, términos claves para entender al Unamuno más conocido. Pero llegaron a preocuparle, pues llegó a creer que en ellos se encerraba su "farsa". Sin embargo, como se sabe, resuelve la pregunta sobre la "autenticidad" que esto le plantea convenciéndose de que, a fin de cuentas, puesto que para los otros es su "leyenda" ésta debe ser verdad: cuando su "representación" se acabe se acabará él, naturalmente. Versión muy suya, pero justa, de lo que es la *objetividad* que significa siempre, queramos o no, el papel histórico que representamos.